

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO II — TOMO IV

MONTEVIDEO, ENERO 5 DE 1883

NÚMERO 17

El Dante

POR E. DE LA BARRA

LECCION III

Con la muerte del Dante comienza su apoteosis.

La triste nueva se difunde por la ciudad y la Italia, como el eco de una campana fúnebre. Ravena conmovida, cual si una calamidad pública la aflijera, acude al templo de los franciscanos, donde el príncipe de Polenta costea al poeta magnificas exequias. Los ciudadanos mas eminentes se disputan el honor de conducir del palacio al templo el cuerpo del proscrito, lámpara estinguida cuya luz espantaba á los culpables, preciosa reliquia que Ravena guardará con maternal solicitud.

El laurel de los poetas adorna su modesta tumba, y dos inscripciones latinas advierten á los vivos quién allí reposa. La una era del bucólico Juan Virjilio; la otra del maestro mismo.

Guido de Polenta, padre de Francisca de Rimini, no se conforma con las exequias; quiere tributar nuevos honores á su amigo, y proyecta erijirle un mausoleo grandioso; pero la muerte lo sorprende, y sólo en 1583, Bernardo Bembo realiza en parte sus planes. Esta tumba, siempre cara á la Italia, se enriquece con nuevas inscripciones, como si cada generacion se empeñara en arrojarle al pasar una rama fresca de laurel. En 1692 la restaura el cardenal Corsini; y otro cardenal, de la familia de Gonzaga, la reemplaza en 1780 por un monumento soberbio.

Florenca, entre tanto, madre arrepentida, reclama los huesos de aquel á quien sin piedad arrojó de su seno; Ravena, rehusa entre-

garlos. Florencia, insiste y hasta hoy sigue insistiendo. En 1396 decreta un monumento público en homenaje á la memoria del proscrito, é instituye una cátedra para comentar sus obras y estender su fama; en 1429 entabla nuevas negociaciones con los inflexibles magistrados de Ravena y á nada arriba; en 1519 dirige una petición á Leon X, para que interponga su influencia y obtenga la devolución de las reliquias del florentino ilustre, durante tres siglos ausente. Miguel Angel firmaba aquella petición, y ofrecia su cincel para esculpir al poeta una tumba digna de su nombre. Nada se consiguió. Florencia intenta aún robar á Ravena las cenizas que guardaba, así como sustrajo á Roma las de Miguel Angel; pero Ravena velaba con ojos de Argos.

La arrepentida ciudad del Arno, á principios de este siglo elevó al Dante un monumento expiatorio en la iglesia de *Santa-Croce*. junto á los que guardan las cenizas de Machiavelo, Miguel Angel, Galileo y Alfieri: "representa al Dante sentado y soñando algun terrible episodio de su terrible poema, y por todo epitafio estas palabras:

ONORATE L'ALTISSIMO POETA."

En 1865 la Italia entera celebraba el sexto aniversario secular del nacimiento de Dante Alighieri. En la plaza de *Santa-Croce* le erigió Florencia un suntuoso monumento. El poeta está representado de pié y pensativo; indignado rocoje con mano crispada sobre el pecho los pliegues de su capa, mientras que en la mano derecha tiene abierta la Divina Comedia. Esta estatua, obra de Enrico Pazzi de Ravena, mide cerca de seis metros de altura, y descansa sobre un pedestal del mismo alto, hecho por Luigi del Sarto, adornado con bajo-relieves que representan episodios dantescos, y flanqueado en su base por cuatro leones de marmol que coronan el zócalo.

Su única inscripcion dice:

A DANTE ALIGHIERI

LA ITALIA

1865.

Desde muy temprano poseyó Florencia un retrato del poeta, trazado por una mano desconocida. Era un fresco pintado en la igle-

sia donde se comentaban sus tercetos: el pincel mostraba al proscrito á las puertas de la ciudad natal, envuelto en su manto rojo, la cabeza cubierta con la toca especial de la época rematando en cola, y sobre ella el laurel de la poesía. A sus pies se desarrollaban, como los anillos de una serpiente colosal, los círculos pavorosos del Infierno; mientras que el Paraiso reverberaba sobre su cabeza. Acaso de esta pintura proceden los retratos que nos recuerdan la fisonomía acentuada de aquel hombre singular.

"Los artistas contemporáneos de quien él fué inspirador, dice Rheaal, su amigo Giotto, Orgagna y los sucesores de estos, Miguel Angel, Perugino, Rafael, han personificado las terribles evocaciones del poeta, desarrollándolas, como una trilogia animada, en los frescos de las catedrales. El Dante se trasfiguró á la luz de los cirios de la Iglesia, y hasta en el Vaticano."

No solo Florencia, sino tambien Pisa, Bolonia y otras ciudades instituyeron cátedras especiales para comentar sus obras.

Oigamos la palabra pintoresca de Quinet. En las "*Revoluciones de la Italia*" dice:—"Apénas concluida la Divina Comedia, su autor descendió realmente entre los muertos con la generacion contemporánea, y, cuando las pasiones religiosas y políticas se amortiguaron, vióse un día algo de extraordinario en Florencia. Inmensa muchedumbre se agolpaba en la Catedral de la Ciudad que expulsó al poeta; nada anunciaba una ceremonia del culto; la imájen de un hombre que no era un apóstol, ni un santo, pendía del muro. Abriéndose paso entre la multitud atravesó un anciano, quien llevaba un libro estrechado contra el pecho. El libro era la Divina Comedia; el anciano Boccacio, encargado por la República florentina de enseñar publicamente la gloria del Dante."

Juan Boccacio fué el primero que ocupó la cátedra dantesca de Florencia.

Como hemos dicho, Dante Alighieri gozaba de extraordinaria popularidad en vida. Circulaban en Italia más de dos mil copias de su poema, sobre todo del Infierno y el Purgatorio.

Aún cuando comenzó á escribir el poema en latin, lengua preferida de los gúelfos, al hacerse gibelino volvió sobre sus pasos, adoptó la lengua del pueblo, la doblégó entre sus manos, la enriqueció y pulió, hasta forjar con ella los admirables tercetos que el pueblo repetía, ese pueblo que no tardó en tejerle una corona de admiracion y de revestirlo con el manto de sus leyendas.

Un día, cuentan, al pasar por una callejuela se detuvo á escu-

char. Oyó la voz de un herrero, que, al ruidoso compás de la fragua y el yunque estropeaba una de sus canciones. Sin poderse contener entra precipitadamente, furioso, como un loco, arrojando en todas direcciones martillos y tenazas. El herrero espantado le dice: —¿Por qué estropeas mis herramientas? Y él responde:—Y tú, por qué maltratas mis versos?....

Los menores incidentes de su vida se escudriñan y recogen. Aquel horoscopo de Brunetto Latini de que hablamos ántes, el sueño de *Bella*, su madre, quien vió al hijo aún no nacido, reposando á la sombra de un laurel, y otras consejas se repiten de boca en boca, se abultan y engalanan, y así la leyenda del poeta crece de la cuna á la tumba, y aún se estiende más allá.

Vivo, salió de la tierra; muerto, se lo hace volver á ella.

Boccacio es quien refiere, que á su muerte en vano se buscaron los últimos cantos del Paraíso, de que no había copia. Semejante pérdida á todos preocupaba.

Santiago, uno de sus hijos, dormía, y, como si fuera una realidad, vió á su padre vestido de blanco, resplandeciente de luz, como Cristo en el Tabor.

“¿Vives, padre mio?” exclamó. La sombra, sonriendo benigna contestóle:—“Sí; pero de la verdadera vida, no de la vuestra.”

Preguntó el hijo por las hojas perdidas, y el padre tomólo de la mano, lo condujo á su antiguo dormitorio, y tocando con el dedo un lienzo de la muralla, “aquí están,” dijo.

Santiago despierta desvaporido, corre donde las demás personas de la casa, cuenta su sueño, y todos juntos se dirijen apresurados al lugar que indicó la sombra. En vano se busca y se registra, que ni rastro se descubre en la sólida muralla. Se duda, se insiste, se busca de nuevo, y al fin una portañuela habilmente disimulada salta abierta y aparecen los descados manuscritos!

Santiago fué comentador del poema de su padre.

Entre otras varias anécdotas elijo una que pinta el carácter á veces violento del Dante, sobretodo cuando se lo contrariaba en sus opiniones políticas. Boccacio, á este propósito asegura que, “una mujerzucla, un niño á quien oyera hablar contra la opinion gibelina, le exhaltaban hasta el punto de estropearlos si no se callaban. El mismo Dante, en el *Convito*, tratando de una proposicion filosófica, así se espresa:—*Con el cuchillo, no con argumentos, se contestan esas cosas!* Brava intolancia, propia de aquellas época y lugar; más no por eso ménos digna de censura.

Agriado el ánimo por el destierro,—“errante y casi mendigo, mostrando contra su voluntad la llaga de la mala fortuna, que muchas veces se imputa injustamente al que la sufre; arrastrado como barco sin velas ni timon, de puerto en puerto, de playa en playa, por el huracan de la pobreza,”—son sus propias palabras,—aquel hombre altivo tenía aún que sufrir la impertinencia de los señores que lo acogían de limosna.

Un dia *Cane della Scala*, su amigo á quien él enaltece, sentó á su mesa un bufon al lado del poeta. Encantado tenía el parásito á los comensales con sus dichos agudos, picantes y licenciosos; y entretanto el severo jibellino guardaba silencio. El gran señor notó el contraste, y maliciosamente le observó:—“¿de qué te sirve el saber, si un bufon es más entretonido que tú, y sabe agradarnos mejor?” —“¡Los parecidos se buscan y se entienden!” contestó el cáustico vate.

Con el alma lacerada y la hiel rebosándolo en los labios, iba y venía sin hallar descanso. Oigamos aún otra anécdota de aquel peregrinaje célebre.

El monasterio de Corvo se alzaba solitario en un montículo pintoresco á orillas del Magra. A principios del siglo XIV lo habitaban los hermitaños de San Agustin.

Una hermosa tarde el prior fray Hilario, sentado á la puerta del convento, gozaba de aquel agreste panorama departiendo con otros religiosos. De repente, como una aparicion, vieron deslizarse entre ellos un hombre desconocido. Había algo de imponente en su rostro pálido, surcado por el dolor. ¿Qué buscas? lo preguntaron; y él, que se había detenido, como si no oyera, siguió contemplando en silencio las columnatas del claustro.

Fray Hilario le preguntó de nuevo, ¿qué quieres? ¿Qué buscas? Y él entónces volviendo lentamente la cabeza, contestó: *¡la paz!*

¡Harto la necesitaba el desgraciado poeta!...

Tomo de la propia relacion de fray Hilario, lo que sigue:

“Cada vez más deseoso de saber quien era, dice el buen fraile, le llamó aparte, y habiendo hablado con él algunas palabras, le conocí, pues aunque nunca le había visto, su fama desde tiempo atrás había llegado á mis oidos. Cuando notó que clavaba en él los ojos y que lo oía con sumo interés, sacó un libro del seno, lo abrió con aire de nobleza y me lo presentó, diciendo: “Hermano, ésta es una parte de mi obra que quizá no hayas visto; te dejo este recuerdo; no me olvides.” Estrechó aquellas hojas contra mi pecho, y en él fijó la vista con gran cariño.”

El poeta siguió su camino sin volver la cabeza. Necesitaba llegar al término de la vida para descansar.

Cuenta Lamennais que el año antes de su muerte abrió un curso público donde explicaba los dos elementos, el *agua* y el *fuego*; y todos los biógrafos que he consultado refieren que vino á poner el colmo al vaso de su amargura, el fracaso de una mision diplomática que se le confió. Enviado á Venecia por su amigo Guido de Polenta, el orgulloso senado del Adriático se negó á recibirlo, y este desaire inmerecido lo afectó profundamente.

Aunque á esta causa atribuyen su muerte, he preferido referir el caso en el lugar que he destinado á la leyenda dantesca.

Pasemos ahora á ocuparnos de las fuentes de inspiracion que encontró el Dante en las leyendas populares de su tiempo.

Las grandes obras suelen tener gérmenes bien pequeños. Todo se eslabona y marcha en progresion creciente en el mundo físico como en el de la inteligencia: en la vida del planeta y en la vida de las sociedades humanas.

Recordemos un caso.

Aquel infante don Enrique, hijo del rey Juan I de Portugal, persiguiendo tenazmente una idea, dejó la corte y fué á establecerse en el cabo de San Vicente. Rodeado de sabios judíos y de moros tunecinos y marroquíes, noche y dia consultaba el saber y las leyendas del pasado, soñando en el porvenir. Tolomeo, Benjamin Tudela, Marco Polo, dormían en su almohada; la Musa de los mares le hablaba al oido, y él, afiebrado, pálido, inquieto, de pié sobre el promontorio, interrogaba al desconocido Océano, teatro futuro de las glorias lusitanas.

Tras tanto meditar y soñar, un dia, como bajo el imperio de una inspiracion, traza el itinerario á las quillas portuguesas. Estas parten, tienden sus velas á los vientos desconocidos, surcan aguas nuevas y en premio de su audacia descubren á Puerto Santo, tocan en las Maderas, visitadas por los Cartagineses y olvidadas despues, franquean el cabo tormentoso de Bojador, y clavan la bandera del Portugal en las islas Azores y en las del Cabo Verde.

La ruta de Vasco de Gama quedaba abierta.

No hay planta florida, ni idea madura que no reconozca un jérmen. Las leyendas de la Edad Media influyeron indudablemente en la concepcion del infante don Enrique; pero ¿podrá alguién pensar que eso amengüe el mérito de su prevision, ni la gloria de los marinos portugueses?

En un tiempo, en efecto, la Europa marítima estuvo pendiente de los labios de Marco Polo, y sus relatos maravillosos se transmitieron de padres á hijos. Un vago anhelo suspendió los ánimos; las columnas de Hespérido cayeron rotas y hubo *mas allá*. La Europa, olvidada del Santo Sepulcro, se arrojó á la cruzada del Océano.

A las leyendas orientales sucedieron las escandinavas, neblinosas, vagas como el rumor de las olas lejanas. Se habló de antiguas expediciones de los piratas noruegos, de países de hielo alumbrados por auroras fantásticas, de plantas desconocidas, de palos labrados, de cadáveres singulares arrojados por el mar en las playas irlandesas. Todo eso picaba la curiosidad, y desvolaba á los hombres, y era un jérmen. Los descubrimientos portugueses hacian palpitar más de prisa los corazones, como cuando algo grande se presiente sin saber de donde vendrá.

Y vino!...

Una mañana, del fondo del mar se alzó otra tierra para recibir á Colon.

El oscuro marino pisó la América, su frente se iluminó y tocó los astros, y su fama llenó el mundo, vencedora del tiempo.

Mas, como para hacer resaltar la pequeñez humana, la envidia amargó sus días y pretendió empañar su nombre. Aquella crítica de oscuro linaje, que vivo de odio contra lo grande y noble, babosa de los jardines, arrastró sus hilos plateados sobre el sepulcro del grande hombre.

Luego se le supuso una larga genealogía de antecesores que iba de los cartajineses á los normandos; relucieron las leyendas pre-americanas, y más precio que á su genio se dió á la brújula, pues que sin ella no se habria cruzado los mares desconocidos.

La envidia, como se vé, tiene sus sutilezas de ingenio. Concedo que cuanto haya discurrido en este caso sea muy cierto, justo es sin duda dar á cada cual lo suyo; más, ¿por ventura, las iluminaciones del jénio tienen padre, ni abuelo, ni genealogía?

Por más que las leyendas hubieran servido á Colon, y los descubrimientos portugueses lo hayan estimulado, hay algo que no recibió de los hombres, y es su inspiracion. Pues esa inspiracion es su gloria.

El jérmen y las raices están bajo tierra: el sol de la inspiracion las fecunda desde arriba.

Tal es la historia de siempre:— Colon encadenado!... Parece

que la tumba y la gloria crearan idénticas larvas; pero las larvas no devoran la inmortalidad. La luz no se muere.

No podía, señores, escapar el renombre del Dante al apetito de los envilecidos y apocados. Dura suerte la del jónico: pasa derramando luz, y la oscuridad lo martiriza en vida; hace obra de bien y la maldad lo persigue más allá de la muerte!...

El Dante, condensador de una época, hizo suyo cuanto encontró á su paso. Cuanto toca es de él y no de otro. De él es Francisco de Rimini; de él es Hugo como en la *terre del hambre*, admirables episodios arrebatados á la historia; así también suyos son los mantos de plomo dorado con que cubre á los hipócritas, cuyas lucas serpientes porseguidoras, cuya la encendida ciudad de Dite, en su origen prendas escudriñadas y hoy joyas dantescas, exclusivamente dantescas.

Sentado esto, que tiene aplicación á tantos casos de la historia humana, con espíritu muy diverso del de la crítica apocadora, entremos á investigar los antecedentes de la Divina Comedia, que acaso el Dante conoció ó hizo suyos por natural asimilación y derecho de legítima conquista.

Como las crónicas marianas anteriores á Colón, así las crónicas piadosas, llenas estaban con el relato de viajes ultra-mundanos cuando apareció el *Inferno* del Dante.

En el siglo XII crela la Europa á pié juntillas en el *Purgatorio de San Patricio*. Su entrada se situaba entre las rocas nebulosas del lago Derg en Irlanda. Siguiendo la leyenda, San Patricio conducido por Jesucristo, llegó á aquel sombrío paraje á purgar sus pecados en vida. Dónde tan buena semilla se había plantado, como era de rigor, brotó una abuelia. El *Purgatorio de San Patricio* fué gran tema de cavilaciones, y ocupó seriamente las plumas de escritores como Mateo Paris, Juan de Vitry, Vicente de Beauvais y quién sabe cuantos más. Calderón, más tarde, ajustó al teatro español la leyenda irlandesa. Entretanto, trovadores, minnesinger, juglares y monestuales, la popularizaban en los castillos y aldeas, y la multitud, en grupos de nobles y plebeyos, como el que pieta. Chaucer, iba afanosa en romería al monasterio que se suponía situado á las puertas mismas del Purgatorio. La situación, sino pintoresca, era al ménos ventajosa y próspera.

Acaso cuando el luterano de los romeros comenzaba á decaer, un sucesor, azar extraño, vino oportunamente á renovarlo. Nadie osaba penetrar en el pozo de San Patricio, boca del Purgatorio, pues era

fama que perecieron cuantos lo intentaron. Había, pues, por qué desanimarse!... Al fin, un valiente caballero inglés, apellidado Owen, — como otro visionario generoso casi de nuestros días, — se presentó cargado de reliquias, solicitando permiso para emprender el peligroso viaje. Obtuvo el permiso: la comunidad en solemne procesion lo acompañó hasta el borde del abismo, y mientras elevaba por el caballero sus más fervorosas oraciones, dos robustos logos del convento lo descolgaban al Purgatorio.

Owen, más feliz que sus antecesores, volvió á la tierra y contó estupendas maravillas que fueron creídas como verdades de fé, y de consiguiente aumentaron la celebridad del paraje aquel y la suerte del convento. Había visto con sus ojos los horribles suplicios de los condenados, de ellos daba circunstanciadas explicaciones: él mismo, acometido por los diablos, hubiera parecido á no invocar tan á tiempo los nombres de Jesús y de María. Por especial permiso del cielo, le fué dado llegar hasta las puertas del Eden terrestre, guardadas por el ángel que de allí espulsó á la primera pareja, y convertido á la sazón en paradero de los que cumplen su condena en el Purgatorio.

El viejo jardín de las delicias entrevisto por el caballero Owen, está calculado sobre el de la Biblia. En él verdeguean los risueños prados enajados de flores, cantan las aves en encantadores bosquecillos, y mansos arroyuelos murmuradores riegan aquella Arcadia, donde el buen irlandés encuentra dos pastores, es decir, dos obispos, no sé si bajo la histórica higuera. Estos dos pastores entran en escena para señalarle allí á lo lejos el Paraíso celestial.

Como se vé, el valiente aunque un tanto iluso caballero, descolgado por un pozo á la Cueva de San Patricio, donde encuentra tan extrañas cosas, más que precursor del Dante lo es del lugenioso hidalgo en su bajada á la Cueva de Montesinos.

Anterior á la Divina Comedia es un poema, llegado hasta nosotros sin nombre de autor, y en pobérrimas rimas según dicen los que lo conocen, el cual se ocupa del viaje á las Canarias emprendido por San Brandan, otro irlandés, quien en su peregrinación por los mares desconocidos visita al purgatorio, arriba al infierno y toca en el paraíso.

Las primeras exploraciones del Atlántico causaron gran asombro, y, como era de esperarlo, las relaciones de viaje, de suyo abultadas, fueron adornadas por la leyenda.

Estó pasó con el poema de San Brandan; y sin entrar en averli-

guaciones sobre su origen por no venir al caso, daremos una sucinta idea de su contenido, valiéndonos del argumento que felizmente nos ha caído á la mano.

San Brandan se hizo mar adentro en tiempo propicio; pero cuando ya no se veía más que mar y cielo, sobrevino una calma chicha que clavó el buque sobre las aguas. La calma se prolonga, las provisiones se agotan, aparece el espectro del hambre, y el terror y la desesperacion se apoderan de la marinería. Brandan implora el socorro de Dios; las velas se hinchan y la nave se desliza suavemente hasta tocar en una isla desconocida, La isla está desierta; pero los navegantes descubren un espléndido castillo de jaspe y cristal, en donde encuentran cuanto podían apetecer. De aquella isla misteriosa pasan á otra, habitada por carneros; allí un ángel se aparece á Brandan para anunciarle un feliz éxito si persevera y sabe vencer las duras pruebas que le aguardan.

Abrevio camino, y omito las penurias del viage, con algunas muy famosas aventuras, como la de haber dicho misa el Santo sobre el lomo de una ballena que tomó por islote, y sus conversaciones con los pájaros parlantes, en que se convirtieron los ménos cumpables de los ángeles rebeldes.

Ello es que al fin el buque penetra en la zona tórrida, donde está el infierno. Brandan lo visita, y para edificacion de los pecadores, describe los tormentos que presenció. Interroga á varios condenados. Júdas se retuerce sobre una roca calcinada, y le dirige la palabra para esplicarle su cruel suplicio, dia á dia renovado como el de Prometeo.

Brandan huye de aquellos lugares con el corazon despedazado y sin consuelo hasta que llega al Paraíso terrenal, donde vuelve la paz á su alma y recibe preciosos dones; mas, no por eso olvida al desgraciado Júdas para quien pide y obtiene una tregua, que consiste en la suspension del tormento los dias domingos.

Tal es, en descarnado resumen, el viage de San Brandan, *antecesor* del Dante.

Mas en aquellos dias de perfecta credulidad, la exaltacion mística arrebatava infinitas monjas y frailes á las regiones ultramundanas que visitó el poeta. Nada más comun que las visiones de este género, y de ellas estan repletas las crónicas.

Otras veces, en voz de viajes y transportaciones milagrosas, son simples revelaciones, como la famosa de Alberico, el novicio del Monte Casino. En el delirio de una grave enfermedad que padeció,

vió á los condenados, y al volver en sí dictó su vision de órden de Dios, para advertencia de pecadores endurecidos. La revelacion de Alberico, parto de la fiebre, corrió la cristiandad sin que nadie se atreviera á ponerla en duda.

El Dante conoció estas tradiciones; pero les debe tanto como el árbol majestuoso á la tierra donde esconde sus raices; tanto como Colon á Marco Polo y las leyendas escandinavas. Puede haber nutrido su imaginacion en aquella masa informe de cricones, consejas y malos versos; acaso de allí sale el plan y muchos detalles de la Divina comedia; pero fué su estro superior lo que lo elevó sobre aquellos siglos oscuros, donde penetran y se pierden sus raices. Tomó el Dante el material que necesitaba de la gran cantera del siglo XIII, como Miguel Angel el mármol de donde desprendió su Moises.

Se ha ido más lejos: se ha pretendido encontrar el jérmen de la concepcion dantesca hasta en la forma material de los teatros de su tiempo, en los cuales, como lo hemos explicado en otra ocasion, el escenario constaba de una triple galería, representando su parte baja el infierno, la superior el paraíso, y el piso intermedio la tierra.

Y en esta disposicion escénica se buscaron analogías *!O judicium!*

El poeta mismo en el Canto II del infierno, recuerda algunos precedentes de su empresa: habla de la bajada de Virjilio el Báratro, y se refiere á un viaje análogo de San Pablo, imaginado por el monje anglo-normando Adam Ross.

En la leyenda reside el espíritu popular y en ese espíritu penetraron hondamente los tentáculos de la Divina Comedia, para beber su sávia y convertirla en hojas y flores de superior poesia. Dante puede haber tomado de las leyendas corrientes la idea de algunos de los suplicios que describe; pero ha hecho más que eso, ha tomado el saber, las creencias, los temores, las esperanzas, las preocupaciones de su siglo, y de todo eso fundido en una pieza admirable, ha creado el gran poema de la Edad-Media. Hé ahí precisamente su mérito.

Dominaba entónces la idea angustiosa del fin del mundo, apesar del desmentido del año 1000. Las predicciones y los anuncios se sucedian amenazadores como las olas de una tempestad nocturna. Esto hacia que todas las miradas estuviesen fijas en la vida futura, y de aquí la gran preocupacion general reproducida de mil maneras siempre desastrosa en sus efectos, y que da un tinte melancólico á

todas las producciones de aquella edad. El terror llegaba al frenesí ó al éxtasis, y con frecuencia producía la epilepsia y la locura. En el fondo de las catedrales, el arte contagiado se complacía en representar las postrimerías del hombre; los diablos y los ángeles hormigucaban en las consejas y retablos; los hombres y mujeres de toda gerarquía se agolpaban en los conyentos, poseidos de la manía contemplativa, y ansiosos de encontrar una tumba anticipada. La materia debía suprimirse ante el espíritu, y la vida real ante la ideal; los deberes y derechos, deleznable accidentes de esta vida pasajera, se olvidaban, cuando no se desdeñaban por indignos de fijar la atención de los que solo para el cielo vivían, meditando en la muerte y entregados á la abstinencia y la oración, ¡Qué mucho que tal abatimiento del espíritu incitara la ambición de los que pretendieron reducir el mundo á un solo rebaño confiado á su custodia!

El Dante combatió esta fatal consecuencia de la situación, al mismo tiempo que daba nuevo pábulo á las preocupaciones, encarnándolas en sus creaciones inmortales, llenas del peligroso encanto de la vida real y efectiva con que su talento superior las animaba.

Pinta con tal colorido, y con tanta firmeza asegura haber visto lo que refiere, que es de suponer que él mismo, concibiendo con tan singular energía, llegara á creer en la realidad de su ficción, como Miguel Angel cuando dirigía la palabra á su Moisés.

Quó mucho entónces, que sus contemporáneos llegaran á creer en la realidad de su bajada al infierno, dispuestos como estaban y acostumbrados á aceptar por ciertas otras ficciones análogas, y no revestidas como estas de la terrible májia del arte. "Yo lo he visto!", esclama el poeta á cada paso, "aún tiemblo al recordarlo!" Júzguese cuál sería el efecto que producía al presentar sumidos en el infierno papas y cardenales, güelfos y gibelinos, muchos de ellos vivos todavía! Si la tragedia formidable de Esquilo hacía abortar á las mujeres griegas, los tercetos del Dante debieron caer como plomo derretido sobre muchos corazones, y producir una prolongada pesadilla.

* *

Entre los acontecimientos de la época que pudieron influir en la imaginación del Dante, no olvidemos el primer jubileo celebrado en

Roma el año de 1300, al cual asistieron dos millones de peregrinos extranjeros. El mayor de los Villani cuenta que al contemplar aquella inmensa muchedumbre vagando por entre las tumbas antiguas, pensó en las generaciones desaparecidas y tuvo la primera idea de escribir la historia. ¿Acaso el Dante no pensaría al mismo tiempo en su peregrinaje de ultra-tumba? . . . Al ménos en su poema recuerda con frecuencia aquel acontecimiento que él presenció.

Hay otro hecho de menor importancia, pero que se relaciona con el poema que nos ocupa. En 1304 se representaba una fiesta infernal á orillas del Arno, la cual remató en una verdadera tragedia. Mientras algunos hombres vestidos de demonios figuraban escenas de tormentos espantosos dados á los réprobos, el puente de madera del Arno se hundió al peso de la multitud, ávida de esta clase de espectáculos, y muchas personas perecieron, "cambiándose la farsa en realidad, pues como estaba anunciado, muchos fueron aquel día á saber noticias del otro mundo", según expuso Villani.

En esta catástrofe pereció la mujer de un florentino, rico, noble y bien quisto, quien, horrorizado de encontrar el cadáver cubierto de cilicios, huyó á un convento, y á poco perdió el juicio. Conocido con el nombre de Fra Jacopone, se le dá con insistencia por antecesor del Dante por algunas visiones extravagantes que escribió. Además, se hizo notar por la audacia de sus sátiras en rimas populares, las cuales le costaron el encierro en una prisión por orden de Bonifacio VIII.

Reprochósele á Guillemain que hubiera olvidado en sus famosas lecciones de historia literaria esta fuente principal de la inspiración del Dante, y el ilustro maestro se empeñó en probar que nada de comun puede haber entre la inspiración del gran poeta y los extravíos de Fra Jacopone.

Bastaría haber observado que el Dante tenía escrito en lengua vulgar los primeros cantos de su infierno cuando el hundimiento del puente del Arno, acontecimiento que determinó la vocación de Jacopone, mientras que éste solo escribió sus visiones después de muerto Bonifacio VIII.

Por último, dando de mano á las ficciones griegas, latinas y de la Edad Media que al infierno se refieren, mencionaremos una fuente de inspiración más digna del genio de Dante Alighieri, y acaso más efectiva. Nos referimos al sombrío libro de Job, de origen árabe; á ese drama tan grandioso y divino como la Divina Comedia, que se desarrolla en el valle de Hus entre el cielo y el infierno. ¡Qué

cosa más propia de la época que buscar la primera luz de inspiración en las Santas Escrituras!

Rhiéal es el primero que señaló esta fuente. Hay en el libro de Job, dice este comentador, una parte esencialmente alegórica, á la vez que literal, y en el resto parece una série de visiones. La lucha del bien y del mal se agita allí bajo sus dos aspectos.

“Satanás, dialéctico de profesion, aparece en el prólogo deslizándose entre los E'oim, hasta erguirse ante Jehová. La humanidad está personificada en Job: caída, pecadora y sufriente marcha á la redencion. La gran prueba se cumple en un estercolero!... ya la pobreza!... ya el proletariado!... Los elementos destructores se desencadenan á la voz del espíritu maligno, lo mismo que en el *Prato-Magno*; los dialécticos de la ciudad de Dite apuran sus sofismas por boca de los tres amigos que aconsejan al leproso infortunado.

“Dios, cuyo soplo lijero ha hecho temblar en sueños á Eliphás, habla directamente á Job desde un torbellino, y le muestra sus grandezas y sus abismos, desde las puertas tenebrosas hasta las pléyades de astros, desde la tímida cervatilla hasta las bestias apocalípticas, el Behemot, gigante de la materia, y el Leviatan, rey de los hijos del orgullo. El hombre triunfa al fin y vuelve á la plenitud de su prosperidad.

“El drama de Job se desarrolla casi por completo en diálogos: abunda en peripecias y cuadros; maldiciones, debates teológicos, burlas, úlceras asquerosas y filosofía soberana, gemidos de dolor y cánticos de la virtud, faces crueles y desenlace salvador, todo, todo se encuentra ahí, excepto la iniciadora revelada por el cristianismo; aunque bien visto, allí está ella, pero todavía informe, indeterminada, cerniéndose invisible sobre el paciente. El misterio bíblico, fuente sacramental en que bebía la Edad Media, por más de una umbrosa vereda, ¿no habrá soplado acaso la inspiración sobre la frente del cantor cristiano?”

Creemos, por nuestra parte, que, si el Dante tuvo maestros y modelos, están éstos en la Biblia, en la Suma Teológica y en la Eneida; pero sobre todo en la Biblia.

Las altas montañas se asemejan, y miéntras el mismo viento besa sus cumbres y ruedan las nubes por su precipicio y encrespa las olas á sus plantas, las mismas corrientes encendidas circulan mugiendo por sus entrañas. Job y Dante Alghieri, el drama sublime y la Divina Comedia, se dán la mano en efecto; pero á la manera

de esos dos colosos perdidos en las soledades del hielo austral, el Erebus y el Terror, que se alumbran el uno al otro. Sobre sus cabezas flota un algo indescifrable y misterioso, auroras polares del espíritu, que suspenden el ánimo y cautivan y aterran como un reflejo de otros mundos.

Dante, dotado de la facultad absorbente de los espíritus superiores, se apropia á Job á su manera, á Isaías, á Exequiel y á Juan de Patmos, sublimes visionarios que hablan en las alturas un lenguaje no comprendido en el valle, pero que estremecen con el temblor sagrado que los agita al contacto de la eternidad.

El gran poeta de Florencia amasa los elementos bíblicos, los mitos paganos, la historia, las tradiciones y la leyenda, y en el horno ardiente donde estos materiales hierven y se funden como el bronce, arroja sus odios y sus simpatías, su amor y su cólera, su ciencia y su fé, sus preocupaciones y sus esperanzas, es decir, todo su saber, todo su estro, todo su corazón.

Fundida la Divina Comedia, desapareció para siempre su molde colosal, sin parecido ántes, sin igual despues, único, como el grupo de Laocoonte y como *los caidos* de Miguel Angel.

“Al reverso de la manera antigua, vemos la individualidad del poeta surgir en su propia creación, lo mismo que Job, lo mismo que Byron en nuestros días, lo mismo que en el orden social, donde esa individualidad se dibuja. Se necesitaba por otra parte, la presencia de un viviente que nos uniera al mundo de la muerte y del dolor. El héroe de la acción fenomenal es el cantor inspirado: historiador, sacerdote y hierofante iniciador á la vez, se coloca como intermediario entre nosotros, las sombras y las creencias”.

Ya es tiempo; nos aguarda, acompañémosle en su peregrinación y penetremos con él en su *Ciudad doliente*.

Los Vaucheria Montevidéanos

POR J. ARECHAVALETA

El género *Vaucheria* (familia de las Sifonadas) está representado, entre nosotros, por ocho especies cuando ménos, y forman un grupo muy interesante: seis de ellas tienen las oógonas y las anterídias (órganos de reproducción sexual) dispuestas de una manera particular y algo diferente de las especies que hemos visto descritas y figuradas en las obras europeas; las otras dos son análogas al *V. sessilis*, descrito por Sachs en su tratado de Botánica.

¿Son desconocidos los *Vaucheria* Montevidéanos de los botánicos del viejo mundo? Así lo creemos: en primer lugar, por que los naturalistas, que han visitado estas regiones, no se han ocupado en el estudio de las algas de agua dulce; y luego por que siendo, la mayor parte de ellas, muy pequeñas (muchas microscópicas), necesitan un método de preparación muy largo y enojoso, en el que debe emplearse mucho más tiempo, del que disponen generalmente los naturalistas viajeros.

En la FLORA BRASILIENSIS de Martius (Vol. I, pars prior,) solo figuran dos especies, halladas en la Provincia de San Pablo, (Brasil:) el *V. terrestris* y el *V. dichotoma*, ambas imperfectamente descritas:

En vista de esto y fundado en que, las especies que viven en los alrededores de esta capital, son nuevas, he resuelto publicarlas en estos Anales, creyendo de este modo ser útil, cuando ménos á los estudiantes de Botánica que preparan su Bachillerato.

Por otra parte, los fenómenos de reproducción sexual que presentan, son tan sencillos y adecuados para penetrar en la esencia de la sexualidad, que necesariamente interesaran á todos; y especialmente á los que se ocupan en el estudio de las ciencias biológicas.

Habitación de los Vaucheria.—En todos los arroyuelos de los alrededores (Miguelete, Piedras, Estanzuela, Santa Lucía, Carrasco,

etc.) allí donde hay un poco de agua, tierra húmeda y sombra, crecen y se multiplican estas algas, en grupos más ó ménos considerables. Cuando se desarrollan en la tierra húmeda, suelen formar pequeños campos, que parecen cubiertos de césped de color verde claro, que resaltan sobre el fondo negro, como oasis apenas perceptibles. Los que viven en las orillas de los arroyos se agarran, por sus extremidades inferiores, á las plantas que viven en el mismo medio, formándoles una trama de filamentos verdosos; ó bien, entrelazados unos con otros flotan en el agua, sumergidos completa ó casi completamente, dejando salir al exterior su extremidad libre. El color verde que tienen, y el número considerable de individuos que se reúnen, permiten distinguirlos fácilmente apesar de su exiguo tamaño.

Aparato vegetativo de los Vaucheria.—Un tubo cilíndrico, simple ó ramificado, de 4 á 5 diezmilímetros de diámetro, por 1 á 10 centímetros de largo, formado por una membrana celular delgada y trasparente cuya pared interna está tapizada de clorofila de un hermoso color verde, de protoplasma, granos de almidón y algunas gotitas de aceite, y cuyo centro está ocupado por jugo celular, tal es el aparato vegetativo de un *Vaucheria*.

El crecimiento del tubo se verifica siempre por su extremidad anterior, la posterior se dilata en una grampa sin clorofila, hialina con la cual se adhiere á los objetos que están á su alcance.

Segun la teoría plastidular de Hæckel, estos aparatos vegetativos, tubos simples con una sola cavidad, son ménos que células, son citodes, puesto que carecen del núcleo que caracteriza á aquellas. Como su protoplasma está revestido por una membrana se llaman: *Lepocitodes*.

Pero apesar de la sencillez orgánica de éstos seres, presentan formas de reproducción sumamente perfectas, y tanto más interesantes cuanto que por su transparencia, permiten al observador ver y penetrar en la esencia del fenómeno.

Reproducción de los Vaucheria.—Variedad infinita en las formas y el modo de proceder, unidad en la esencia de los fenómenos es lo que se vé en las funciones de todos los seres orgánicos.

También la función de la reproducción, la más importante de to-

das sin duda alguna, pues que sin ella no se conservaría la especie, por variada que se presente, es reductible á dos métodos exclusivos: el método asexual ó agamogénico y el sexual ó gamogénico, de modo que todas las especies, tanto las animales como las vegetales, en definitiva se multiplican así: sexual ó asexualmente.

Las especies inferiores, especialmente aquellas que consisten en una unidad simple; plástida desnuda ó vestida, con núcleo ó sin él, siguen generalmente el método asexual. El *Vaucheria* es, sin embargo, una notable excepción de esta regla.

A veces se realizan también los dos métodos de reproducción en una misma especie, en individuos que, fisiológicamente considerados, son distintos, y que, sin embargo, pueden constituir una unidad morfológica simple. En este último caso las individualidades de la especie pueden ser iguales en la forma ó distintas: se dice que hay alternancia de generaciones ó polimorfismo cuando esto se verifica. Muchos ejemplos al respecto podríamos presentar en los vegetales. El *Vaucheria*, sin ir más lejos, realiza uno de ellos. En efecto, como vamos á ver ahora, el *Vaucheria* está representado por dos individuos, iguales en su forma, pero distintos en lo relativo á sus funciones de reproducción. En una palabra, un *Vaucheria* consta de dos individualidades: una sexual (con óosferas y anterozoides), y la otra asexual (con esporas y zoósporas). Empezaremos por describir la forma asexual.

Reproducción asexual

Individuos asexuales. — Después de desempeñar las funciones vegetativas, nutriéndose y desenvolviéndose hasta llegar al estado adulto, el cítide vaucheriano, tiene que reproducirse también, para lo cual una parte del protoplasma, de la extremidad del tubo, se aísla del resto por una pared transversal (Lám. V. fig. 2 y 3). Después se contrae, y sale por un poro que se ha formado, al mismo tiempo, en el ápice del tubo membranoso. Como el poro es muy pequeño comparado con el volumen de la masa protoplasmática, sale esta poco á poco, estirándose. A la mitad de la operación se presenta como estrangulada por su parte media. La figura citada representa este momento del fenómeno.

Una vez afuera, el protoplasma individualizado se redondea, se provee de una membrana y cae al fondo del agua, para germinar

poco tiempo después (fig. 4), alargándose por un punto en forma de tubo, y dilatándose por el otro en una grampa hialina, ramificada, con la que se adhiere á los objetos que halla en el medio acuático en que vive.

En otros casos, con fenómenos semejantes á los que acabamos de describir, la masa protoplásmica sale provista de numerosas pestañas muy cortas, situadas en toda su periferia (fig. 5), móviles y que le imprimen movimientos de rotación y traslación que, por lo general, duran pocos minutos, luego se detienen, las pestañas se marchitan, y una membrana cubre al protoplasma; después germina como la anterior. Según que estén ó no provistas de pestañas se les dá el nombre de zoósporas ó de esporas á estas masas protoplásmicas reproductoras, ambas asexuales puesto que por sí solas y sin otro concurso son capaces de germinar y producir un individuo igual al que las formó.

Así proceden las individualidades vaucherianas asexuales siempre que encuentren alimentos en abundancia y cuando las demás condiciones de humedad, temperatura y luz son propicias, pudiendo repetirse cuatro, diez y más veces, hasta que al fin del esporo ó del zoosporo asexual último, nace la otra individualidad: el *Vaucheria* sexual.

Además de este modo de reproducción asexual, los *vaucheria* se multiplican frecuentemente por fragmentación de tubos verificada por ciertos seres que abundan en las aguas. Un crustáceo, conocido con el nombre de *Nauplia*, es el que generalmente corta, con sus mandíbulas, los tubos vaucherianos en fragmentos. De la herida se ve salir un poco de clorofila y materias protoplásmicas, se forma luego una membrana que cierra el tubo, el cual seguirá creciendo como si nada hubiera sucedido. Con frecuencia hemos visto á un *Nauplia* cortar un tubo de *Vaucheria* en cuatro ó más partes y al día siguiente se veían otros tantos *Vaucheria* en perfecto estado de salud. Casi no es necesario agregar que verificando artificialmente esa división se produce el mismo fenómeno.

Reproducción sexual

Individuos sexuales. — De los esporos ó zoosporos provenientes de los individuos asexuales nacen por fin los individuos sexuales, idénticos en la forma de su aparato vegetativo; pero dife-

rentes en el modo de reproducirse; de manera que para descubrirlos tenemos que aguardar el momento de la formación de los órganos reproductores.

El fenómeno principia siempre por una pequeña dilatación de la membrana del tubo vegetativo (fig. 6 *a*, en *b* más adelantado) hasta constituir una pequeña rama situada perpendicularmente. La parte central de ella se ensancha y la extremidad se prolonga en un tubo largo, que por fin se encorva hacia abajo y se separa del protoplasma interno con que estaba en comunicación, hasta este momento, por una pared membranosa (Lam. v. fig. 6, *c*.) situada á alguna distancia de la extremidad. Esta extremidad se llama *Cornículo* ó anteridia (órgano masculino) cuyo protoplasma, después de diferenciarse, perdiendo su color verde, se segmentará en una infinidad de corpúsculos diminutos que saldrán por un poro que se forme en el ápice del cornículo ó por disolución de la membrana que los encierra. [Estos corpúsculos masculinos (anterozoides) son ovoideos y están provistos de dos pestañas vibrátiles por medio de las cuales nadan agilmente en el agua, y van en busca de las oógonas, células madres de las oósferas (femeninas), para fecundarlas fusionándose con ellas. Pierden así su individualidad pero su acción es indispensable.

De la parte media de la rama que se ha terminado por el cornículo se levantan una, dos, tres y hasta seis ramitas (*Vaucheria ramosa* Lam. v. fig. 6 *e f*) que como el cornículo, se separan también de la rama principal por un tabique medio; pero que en vez de prolongarse en un cornículo se redondean, crecen rápidamente y se proveen de las sustancias aliménticias, que les acarrea el aparato vegetativo, hasta el punto que este se empobrece de tal manera que apenas si se ve una que otra gotita de aceite, uno que otro grano de almidón y corpúsculos clorofilianos diseminados acá y allá, rodando en el jugo celular.

No recordamos el nombre del que dijo que el primer beso del amor era el primer paso en el camino de la muerte: esto es rigurosamente cierto para el *Vaucheria*.

Estas ramitas laterales, cuya formación le cuesta la vida al *Vaucheria*, son las oógonas, cuyo protoplasma interno constituye la oósfera, que los anterozoides vendrán á fecundar. Para este acto, un pequeño poro se abre en la estremidad de cada una á través del cual sale una gota de mucilago que queda adherida, durante algunos segundos, por un hilo, asemejándose en este estado á un globo

cautivo (fig. 7), hasta que al fin se desprende y desaparece, formándose así un canal de comunicación entre la oósfera y el mundo exterior (fig. 8), al través del cual pretende entrar un enjambre de anterozoides que, en tropel, se han acumulado en la puerta (fig. 9). Por fin alguno de ellos consigue atravesar el espacio que le separa de la oósfera, y se pierde fusionándose en su seno.

Luego, la puerta, hasta entonces abierta, se cierra por una membrana ó tabique de celulosa (fig. 10), y la oósfera fecundada se transforma en oóspora, verdadero huevo fecundado, que seguirá su desarrollo ulterior. Pierde su coloración verdosa, se tiñe de amarillo rojizo y finalmente se desprende de la rama que la sostiene, para germinar después de algún tiempo de reposo y dar origen á otro individuo, que podrá ser idéntico al que le ha producido, es decir sexuado, ó diferente, es decir, asexuado. De este último modo se cierra el ciclo evolutivo.

En las seis primeras especies que describiremos más adelante, los aparatos sexuales se presentan, poco más ó ménos, con la forma que acabamos de describir; en las dos restantes, cornículos y oógonas, nacen en ramas separadas como en el *V. sessilis*.

Debemos señalar á la atención de los lectores, antes de terminar, un fenómeno curioso que revela el odio á la llamada auto-fecundación, que se nota en los seres vivos, hasta en estos tan rudimentarios.

En realidad, aunque los cornículos y las oógonas nazcan en el mismo tubo vegetativo, cerca los unos de los otros, la auto-fecundación no se realiza en ninguna de las especies que hemos estudiado. Los cornículos espulsan su contenido antes que abran sus puertas, las oógonas del mismo aparato, de tal manera, que no pueden penetrar en ellas y van necesariamente á fecundar las que están en estado de recibirlos.

Estos son los fenómenos que se observan en los *Vaucheria*, organismos de una sencillez suma, que han sabido, sin embargo, realizar las formas más elevadas, se puede decir, de la reproducción sexual y asexual. ¿Que fuerza preside á todos estos fenómenos? ¿Quien impulsa el anterozoide hácia la oógonas? Llámese afinidad química ó amor, es un resorte poderoso de la vida, agente misterioso que el hombre aprenderá á conocer, incluyéndolo en las leyes generales físico-químicas inherentes á la materia.

Descripción de las especies

GRUPO A. *Vaucheria* con aparatos reproductores dispuestos sobre una rama lateral. El cornículo largo y encorvado, termina la rama. Las oógonas nacen de ramitas secundarias debajo del cornículo y hacia la mitad de la altura de la rama ó más abajo.

1. *Vaucheria ramosa*. Lam. V, fig. 1.

Aparato vegetativo verde oscuro, tubuloso, filiforme irregularmente ramificado, á veces muy ramificado, de 5—12 centímetros de largo por 6—7 déc. de mil. de diámetro.

Reproduccion por zoósporas y oósporas. Oógonas, 3-4-6, semi ovoideas, regularmente dispuestas en círculo y sobre ramitas (pedúnculos) muy cortos. Anteridia terminal, larga y encorvada perdiéndose su estremidad entre las oógonas.

Altura de la rama que sostiene las oógonas, desde la base, hasta la curva del cornículo, 26—28 déc. de mil. Diámetro de las oógonas, en su eje mayor, 5—6 déc. de mil.

Habita en los arroyuelos de los alrededores, formando céspedes verdosos en medio de berros, hidrocotilas y otras yerbas acuáticas. Setiembre y Octubre.

2. *Vaucheria erecta*. Lam. VI, fig. 1.

Aparato vegetativo cilíndrico, de 5—12 centímetros de largo por 7—8 décimas de milímetro de diámetro. Color verde claro. Reproduccion por zoósporas y oósporas.

Dos oógonas ovoideas, sentadas en la mitad de la rama generadora opuestas.

Cornículo anteridiano corto y encorvado.

Diámetro de las oógonas, en su eje mayor, 8—10 décimas de milímetro, 5—6 en el menor. Altura de la rama, desde la base hasta la curva del cornículo, 23—25 décimas de milímetro.

Hab. Arroyo de las Piedras cerca de la villa Independencia. Setiembre.

3. *Vaucheria macrocarpa*. Lam. VI, fig. 2.

Aparato vegetativo simple, de 5—8 centímetros de largo, por 5—6 décimas de milímetro de diámetro. Color verde claro.

No hemos visto formacion de ésporas ni zoósporas.

Una ó dos oógonas esféricas grandes con pedúnculo corto

situadas á dos tercios de altura de la rama, á veces en la mitad.

Cornículo anteridiano grueso y encorvado como en las especies anteriores.

Diámetro de las oógonas, 8—10 décimas de milímetro. Altura de la rama, desde la base hasta la curva del cornículo, 20—23 déc. de mil.

Hab. Arroyo de las Piedras, cerca de Independencia, sobre la tierra húmeda, á la sombra; eleva sus filamentos hacia arriba en el ambiente atmosférico.

4. *Vaucheria Spegazzinii*. Lám. VI, fig. 3.

Aparato vegetativo cilíndrico, verde claro, poco ramificado, de 2-4 centímetros de largo por 5-6 décimas de milímetro de diámetro.

No le conocemos ésporas ni zoósporas. Una oógonas, rara vez dos, grande esférica con pedúnculo bastante largo, situada generalmente á ménos del primer tercio de la rama. Cornículo anteridiano, poco encorvado y abriéndose cerca de la estremidad por un poro lateral.

Diámetro de la oógonas, 9-10 déc. de mil. Altura de la rama desde la base hasta la estremidad del cornículo, 30-35 déc. de mil.

Hab. Sobre la tierra húmeda en parajes sombríos. Arroyo Seco, Miguelete, etc. Noviembre y Diciembre.

5. *Vaucheria pedunculata*. Lám. VI, fig. 4.

Aparato vegetativo verde claro, poco ramificado, de 5-8 centímetros por 6 déc. de mil. de diámetro.

Reproduccion por zoósporas y oósporas.

Aparato reproductor sexuado. Tres oógonas ovoideas circularmente situadas cerca de la base de la rama, pedúnculo largo. Cornículo anteridiano delgado y encorvado.

Diámetro de las oógonas en su eje mayor 10 déc. de mil. Altura del pedúnculo, 5-7 déc. de mil. Altura de la rama, desde la base hasta la curva de la anteridia, 20-25 déc. de mil.

Hab. Pozos de agua estancada Carrasco. Setiembre y Octubre.

6. *Vaucheria pendula*. Lím. VI, fig. 5.

Aparato vegetativo; ordinariamente poco ramificado, con frecuencia simple. Mide 4-10 centímetros de largo, por 5-6 déc. de mil. de diámetro.

No le conocemos reproducción asexual. El aparato reproductor sexuado consiste en cuatro á veces cinco oógonas de forma esférica, de pedúnculos (ramillas) inclinados hacia el suelo y regularmente dispuestas en la parte superior de la rama. Una anteridia (cornículo) delgada y encorvada hacia la tierra.

Diámetro de las oógonas: 5-6 déc. de mil.

Altura de la rama, desde la base hasta la curva de los pedúnculos, 15-18 déc. de mil.

Habita en pozos de agua estancada. Carrasco. Setiembre y Octubre.

GRUPO B. *Vaucheria* de oógonas y anteridias laterales independientes.

7. *Vaucheria humilis*. Lám. VI, fig. 6.

Aparato vegetativo simple, sin ramificaciones, verde claro, de 4-5 centímetros de largo por 7-8 déc. de mil. de diámetro.

Reproducción asexual por esporas. ¿Fig. 2 de la lámina V.?

Reproducción sexual por oógonas y anteridias en ramitas laterales independientes. Una oógonas semi-esférica, sentada, de 7-8 déc. de mil. Cornículo anteridiano, situado al lado de la oógonas, encorvado, de 5-6 déc. de mil. de largo.

Habita en la tierra húmeda. Punta Brava, Pocitos, Estanzuela, etc. Agosto y Setiembre.

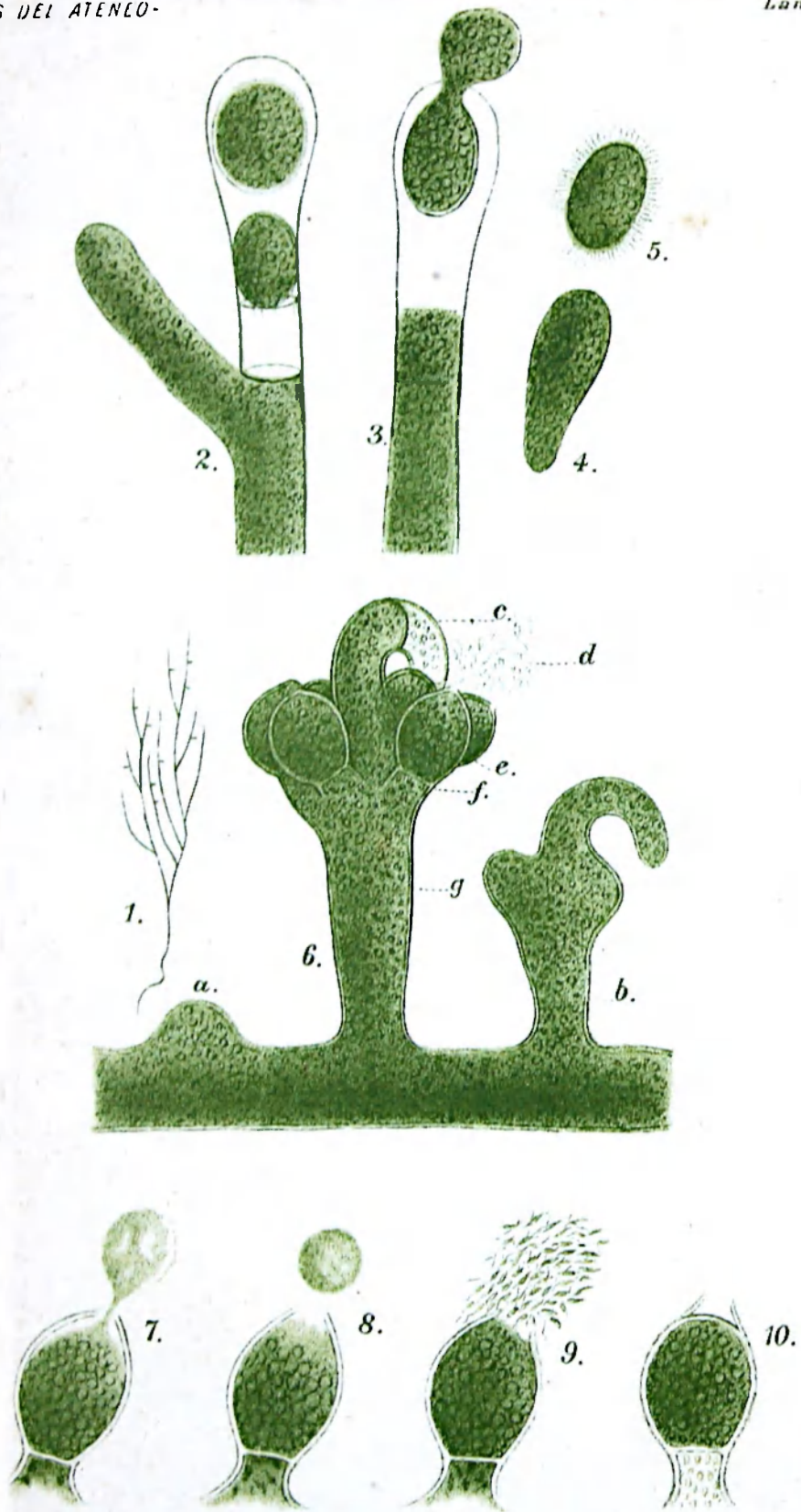
8. *Vaucheria pulchella*. Lám. VI, fig. 7.

El aparato vegetativo es simple, nunca ramificado, de color verde claro: mide de 2-3 centímetros de largo por 6-7 déc. de mil. de diámetro.

Las oógonas presentan una zona clara entre la membrana celular externa y la oósfera, con dos cornículos cada una, situados á los lados ó inclinados hácia ellas. Oógonas y anteridias sentadas.

Diámetro de la oógonas 10-11 déc. de mil. De la anteridia, 4-5 déc. de mil.

Habita en los arroyuelos de Carrasco, en parages arenosos. Setiembre.



1. *Vaucheria ramosa*, ARECH.



2. *V. ERECTA* 3. *V. MACROCARPA* 4. *V. SPEGAZZINII* 5. *V. PEDUNCULATA*.
6. *V. PENDULA* 7. *V. HUMILIS* 8. *V. PULCHELLA*.

Leyenda de la lámina V.

- Fig. 1. *Vaucheria ramosa*, de tamaño natural aproximadamente. Los pequeños puntos de las ramas, señalan otros tantos aparatos reproductores. Uno solo y muy aumentado está dibujado en la fig. 6 de la misma lámina.
- » 2. Extremidad de un tubo de *Vaucheria* muy aumentado con dos esporas, órganos de reproducción agamogenética; la superior grande, esférica; la inferior más pequeña y ovoidea. El *Vaucheria* continua su crecimiento lateralmente. En esta especie, no hemos visto aún los individuos sexuados.
 - » 3. Extremidad de un *Vaucheria* muy aumentado en el momento que expulsa una espóra. La pequeñez del poro formado no le permite salir con facilidad y se la vé por eso medio estrangulada, porque á medida que sale se aumenta la materia plástica afuera.
 - » 4. La misma espóra germinando.
 - » 5. Una zoóspora formada por el mismo procedimiento que la anterior pero se diferencia de ella por tener numerosas pestañas vibrátiles que le imprimen un movimiento rotatorio y de traslación que dura algunos minutos, al cabo de los cuales se detiene, las pestañas caen, la zoóspora se provee de membrana y despues germina como la anterior y dá origen á un tubo cilindrico igual al que la formó ó diferente, si resulta sexuado.
 - » 6. Trozo de un tubo de *Vaucheria ramosa* con tres ramas, dos en via de formación *a* y *b*, y una completamente desarrollada, con seis oógonas, células madres de las oósporas ó huevos femeninos, y con un cornículo ó anteridia, célula madre de los anterozoides, muy aumentada para hacer visibles los detalles. *a*, rama en principio de formación. *b*, otra más adelantada con un cornículo bien señalado ya y principio de oógonas: todavía no se ha formado el tabique en el cornículo, de manera que hace parte aún de la rama con la cual está en comunicación. *g*, rama completamente desarrollada. El cornículo y las oógonas se han aislado de la rama por tabiques medios.

c, f, la anteridia está representada en el momento que salen los anterozoides *d*, organismos masculinos encargados de fecundar las oóferas de las oógonas y transformarlas en oósporas.

Fig. 7, 8, 9 y 10 Oógonas aisladas, en varios períodos de desenvolvimiento y actos sucesivos de la fecundación. En 7 la oógonas se abre en su estremidad superior y se pone en comunicación con el mundo exterior; se la vé expulsar una gota de mucílago trasparente que queda prendida por un hilo, como un globo cautivo. En 8 el globo se desprende y la entrada queda libre. En 9 un enjambre de anterozoides se precipita en la entrada de la oógonas y luchan por penetrar en el interior, hasta que alfin alguno lo consigue, fusionándose al momento con la oósfera, la cual queda transformada en oóspora. En 10 la oógonas cierra la entrada con una nueva membrana de celulosa, quedando la oóspora aislada del mundo exterior, para seguir madurando y germinar más tarde reproduciendo un nuevo aparato vegetativo idéntico al que la ha producido ó diferente, si ha de ser un individuo asexual, cerrándose de esta manera su ciclo evolutivo.

Discurso

LEIDO EN EL ATENEO DEL URUGUAY

POR EL DR. D. JUAN C. BLANCO

Señoras, señores:

Cada transformación que experimenta el Ateneo, cada paso que avanza, cada hecho que viene á robustecer su vida intelectual, tiene una señaladísima consagración: la del trabajo por el trabajo; la de la idea, en la palabra brillante de los oradores y en el rítmico acento de los poetas; la de una conferencia literaria, en fin, que es la fiesta y el homenaje del pensamiento. Y esos bellísimos conciertos de la inteligencia y del saber encierran aquí una doble significación á la vez: de gratísimas recompensas para unos, de incomparable ejemplo y prestigioso espectáculo para todos.

Hay sin duda preciadas recompensas en estos descansos literarios para esos distinguidos profesores del Ateneo que con abnegación singularísima destinan las breves horas que les dejan libres las múltiples atenciones de la vida, tal vez los únicos momentos de reposo y de solaz, á la enseñanza de nuestra juventud estudiosa, al combate permanente de la verdad con el error, porque ven en ellos la enseñanza luminosa del progreso realizado, los mágicos vislumbres del ideal y el oasis reparador de luchas pasadas, y hay también en semejantes magníficos conciertos, un alto ejemplo y prestigioso espectáculo para todos, por el brillo de los oradores que les prestan las galas de su palabra, por la lira de los poetas que los sellan con su armonioso y viril acento, y muy particularmente, por el concurso público, por el benévolo auditorio, que hoy, como otras veces, engalana con su presencia nuestras humildes y modestas aulas, recinto apartado y silencioso, cuyo aire solo agitan de ordinario las científicas discusiones y la controversia diaria en las tranquilas regiones del pensamiento.

Ayer era la solemnidad de su instalación, de los adelantos alcan-

zados por el Ateneo, en el tiempo trascurrido desde aquella no lejana época, — de la inauguración de nuevas clases, — de secciones especiales, como la de ciencias políticas y morales, la que aquí se festejaba en idéntico y simpático certamen, — formando esa cadena misteriosa, emblema mitológico del poder moral que une el pensamiento al pensamiento, y que confunde en uno solo, generoso y entusiasta, los sentimientos y las aspiraciones de todos: — era la fiesta del estudio y del saber solemnizada por la inteligencia!

Hoy..... son aquellos que antes le prestaron su concurso al Ateneo y otros que vienen á aumentarlo, renovando las fuerzas, los que harán vibrar su palabra y su inspiración en bien de esa juventud cuyos progresos aplaudían y solemnizaban. Esta es, pues, la fiesta de la inteligencia para vigorizar la instrucción, para fecundar las ideas, para iluminar otros espíritus, arrebatándolos á la duda y el error.

II

Las ciencias, y en especial las ciencias experimentales, no pueden enseñarse con meros raciocinios por claros y evidentes que sean: reclaman la demostración práctica, la evidencia sensible, y á proporcionarla á nuestros estudiantes, dentro de modestos límites, en las clases de física, química, zoología y botánica, se han contruido los esfuerzos del Ateneo, que hoy vé poderosamente secundados con ocasión de esta conferencia, y por eso he dicho que ella era la fiesta de la inteligencia....., de la inteligencia puesta al servicio del estudio y del saber.

Si no temiera fatigar con la repetición de cosas que sabéis, que demasiado sabéis, señores, podría llamar vuestra atención hácia esa diversidad de hechos, modificaciones y cambios que ofrece la naturaleza, aquellos más conocidos y generales, que exigen una enseñanza práctico-experimental en nuestras clases para ser bien comprendidos por los numerosos estudiantes que á ellas concurren ávidos de ilustrarse, de alcanzar la verdad.

Permitidme, sin embargo, una breve digresión.

La luz solar, los rayos vivificantes que nos envía el astro-rey, se componen de rayos luminosos que *no dan calor*, y de rayos caloríficos, pero opacos, sin brillo y sin luz; y su descomposición, esto es, la descomposición de la luz, se verifica fácilmente en los laboratorios químicos; — un cuerpo cualquiera: plomo, madera, perga-

mino, se dilata ó se comprime según la elevación ó descenso de su temperatura, según la cantidad de calor, y para apreciar esas alteraciones, á que se dá el nombre de coeficiente de dilatación, hay en las clases de física aparatos especiales y sencillísimos; — un objeto cualquiera: sílico, hierro, papel, etc., lanzado al espacio ó arrojado desde una altura recorre una distancia mayor ó menor, según la velocidad impulsiva ó inicial y el tiempo trascurrido combinado con la gravedad, y para medir esa distancia hay también sencillos mecanismos en los gabinetes de física; — una flor, la hoja de una planta, la hoja de la flor, de nítidos colores y purísimos perfumes, tiene en sus filamentos, en los ténues capilares de su estructura, la sávia que le da vida, color y movimiento, y cuya circulación maravillosa es necesario estudiar con el auxilio de aparatos, de útiles apropiados; — el mundo de la zoología, en fin, reclama á su vez el microscopio, la especie, el organismo real ó representado en el molde y la imagen para pisar sus umbrales, como ese otro mundo moral reclama las nociones de lo verdadero, lo bello y lo bueno, grabadas en la conciencia humana para comprender y admirar sus divinas armonías!

Y todos esos aparatos, mecanismos, útiles, son, como sabéis, los más indispensables para adquirir los primeros elementos de las ciencias experimentales, vestibulo del conocimiento moderno, y los que se encuentran en el más modesto establecimiento de enseñanza; pero cuya adquisición presenta obstáculos insuperables para un establecimiento como este Ateneo, formado por el solo concurso popular y sostenido por la inquebrantable voluntad de los que aman el progreso moral de nuestra sociedad.

Venir, pues, á condyuar su obra, á aunar esfuerzos para un mismo fin, grande y elevado, es contribuir á la difusión de las ideas, es propender á ese progreso moral, á veces tan desdeñado, y que está arriba de todos los progresos y de todos los intereses; es fomentar el culto de la verdad y de la ciencia, es preparar el porvenir en las fuerzas vivas de toda sociedad en esas cabezas juveniles que encierran el secreto de futuros destinos.

III

Fomentar el culto de la verdad y de la ciencia! Y bien, señores: centro científico el Ateneo, difunde en la medida de sus fuerzas, el culto de la ciencia; institución libre el Ateneo, inculca el amor á

las instituciones libres, y vosotros sabéis, señores, los ejemplos que ofrece y los milagros que opera el culto de la ciencia y el amor á las instituciones libres en el régimen de los pueblos.

Por esos poderosos estímulos del mundo moral, la humanidad ha dejado en cada época de su marcha grandes lecciones, admirables y sublimes enseñanzas; por ellos tuvo Atenas el salvador de Grecia; por ellos tuvo Roma á los dos tribunos inmortales, á los dos tribunos cuyas virtudes enorgullecían á la Cornelia augusta, á la matrona romana; — por el culto de la ciencia y el amor á las instituciones libres hay acentos poderosos en los tiempos modernos, hay voces convertidas en derecho, que seducen, que arrastran y fulminan, — Victor Hugo, Castelar, — y por el culto de la ciencia y la práctica de las instituciones libres, se ha visto en pueblos, como Inglaterra, surgir hombres como O'Connell, el libre orador de Irlanda y el primer orador de su época; pensadores como Herbert Spencer que sondan las bases de la ciencia y las profundidades del sér; sabios como Tyndall que ascienden hasta las altas cumbres cubiertas de perpetuas nieves para descubrir los misterios que allí guardan desde siglos esas pavorosas soledades; y en pueblos como en los Estados Unidos, se arrebató al cielo el fuego sagrado, se encadena á la tierra la chispa eléctrica conjurando por siempre la tortura mitológica, porque Franklin ha interrogado y sorprendido á la naturaleza en nombre de la ciencia y porque ha nacido en la libre patria de Washington, el *primero en la paz y el primero en la guerra*; en ese suelo bendecido donde yergue su cabeza pensadora un genio poderoso como Edison....., como Edison, el desconocido de ayer, el que recorría poco há, pobre ó ignorado, las calles de su ciudad natal, concentrando en su corazón todas las tristezas de la vida y atesorando en su cerebro todas las riquezas del saber, y el que hoy lega al mundo asombrado su nombre y su genio, grabado en portentosos y perdurables descubrimientos.

Fomentar el culto de la ciencia y del saber; generalizar los conocimientos; propender á su desarrollo, es, pues, la aspiración más noble del espíritu, y entre nosotros es acudir á la necesidad más vital, más radical de nuestra sociedad; y en este Ateneo, vosotros lo sabéis, señores, es colaborar en la obra de una libre institución de enseñanza pública, que tiene por dogma la verdad, la igualdad y el amor á las instituciones libres.

Así se prepara el porvenir, y es esa generación que aquí se

educa, como en nuestras escuelas públicas y establecimientos de enseñanza, la encargada de realizarlo en época más ó menos lejana, la que lleva en sus destinos los destinos futuros de la patria.

IV

Señores:

La obra de la educación — el culto de la ciencia y del saber — demanda y tiene vuestro concurso; prestádselo sin límites, como sabéis hacerlo y como lo acreditáis en este acto.

Señoras:

Á la juventud estudiosa; á esa juventud *llena de luz y de fuerza*, según la inspirada frase del autor de Coliar; á esa juventud que lleva en su mente nuestros anhelos, nuestras más grandes aspiraciones, nuestra fascinación y nuestro ideal, la libertad, la igualdad, la fraternidad, la felicidad de la patria, estimulada con vuestra presencia, prestigiada con vuestro aplauso, inspirada con ese esquisito sentimiento de lo justo y de lo santo que solo la mujer posee y que tiene la mágica virtud de ennoblecerlo todo, — arrojadle flores, como dice el altísimo poeta, arrojadle lirios.....

“Que la palabra que lanzó el poeta,
Á la ley de morir no está sujeta”.

Queda ahora inaugurado el acto. — He dicho.

Estética alemana

EL LAOCONTE DE LESSING, O LOS LIMITES DE LA PINTURA Y LA POESIA

POR DON FRANCISCO SELLÉN

En 1766 se publicó en Berlin un libro que hizo una revolucion completa en la crítica alemana, y contribuyó en gran manera á preparar el terreno en que con tanta lozanía y exuberancia brotó la nueva poesía nacional: ese libro incomparable es el *Laoconte* de Gotthold E. Lessing, uno de los génius más grandes que haya producido la Alemania.

El gran historiador inglés Macaulay decía que la lectura del *Laoconte* formaba época en su historia mental, y que había aprendido más de él que de otro libro alguno (1); y ya ántes Herder, Schiller, y sobre todo Gœthe, habian expresado el efecto inmenso que produjo en ellos ese libro, y cuánto le debian por más de un concepto. Como dice con mucha razon Lewes en su *Vida de Gœthe*, el *Laoconte* "abrió un sendero en medio de la confusion, arrojando luz en muchos de los problemas más oscuros que atormentan "al artista."

El objeto del *Laoconte* está perfectamente explicado por el subtítulo que dió Lessing á su obra, á saber: *De los límites de la Poesía y la Pintura*.—Winckelmann, en sus *Pensamientos sobre la imitacion de las obras griegas*, etc. (2), había establecido una comparacion entre el famoso grupo de escultura antigua, que representa á Laoconte y á sus hijos enlazados entre los pliegues de la serpiente, y la descripcion que de ese suceso hace Virgilio en la *Eneida*, concediendo al escultor la palma del triunfo sobre el poeta. Lessing trató de probar, valiéndose del mismo ejemplo, que el artista y el escritor habian debido buscar bellezas diferentes con motivo de la diferencia de los géneros, y de aquí el origen del

(1) G. H. Lewes, *The life of Gœthe*.(2) *Gedanken über die Nachahmung der griechischen Werke etc.*

Laoconte, ó *De los límites de la Poesía y de la Pintura*, de que vamos á dar una idea á los lectores.

La antítesis de Simónides, que consideraba la Pintura como una poesía muda, y la Poesía como una pintura muda, á la vez que contiene mucho de verdadero, nos hace desentender de lo que encierra de falso y vago. Los antiguos no olvidaban que, á pesar de la analogía completa de la impresion producida por la Poesía y la Pintura, ámbas artes eran muy diversas, tanto en los asuntos de que se ocupaban, como en el modo de tratarlos. De esta supuesta conformidad de la Poesía y la Pintura, han sacado muchos críticos las deducciones más violentas, que Lessing se propuso cambiar en su *Laoconte*, y lo llevó á efecto de una manera tan completa, que fijó la crítica en tan importante punto

Lo que distingue la Poesía y Escultura de los antiguos, dice Winckelmann, es una noble sencillez, una tranquila grandeza, tanto en la actitud como en la expresion. En los antiguos, la belleza era la primera ley de las artes plásticas, y cualquiera otra consideracion se subordinaba á esta ley. Así es que suavizaban todo lo que pudiera perjudicar á la representacion de la belleza: la cólera la convertian en severidad, la desesperacion en tristeza. El poeta podía describir á Júpiter irritado lanzando el rayo; pero para el artista solo era Júpiter el severo. Cuando no podian llevar á cabo esta minoracion, cuando, de hacerlo, el sentimiento expresado hubiera aparecido tan empequeñecido como impropio, hacian lo que Timantes al pintar el *Sacrificio de Efigenia*. Despues de haber dado al rostro de los circunstantes el grado de tristeza apropiado á la situacion y al papel que cada uno representaba en aquel acto, hizo que el padre se cubriera el rostro. Muchas y muy ingeniosas razones se han expuesto para explicar esta determinacion del artista. Plinio dice que Timantes se había agotado de tal modo pintando la tristeza de las fisonomías, que dudó si acertaría á dar á la del padre una aún más triste. Valerio Máximo dice que el artista manifestó de ese modo que el dolor de un padre en semejantes circunstancias no es posible expresarlo por medio del arte. La razon no es esa, puesto que cuanto más profundo es el grado del afecto, tanto más marcados son los rasgos de la fisonomía que lo expresan, y por lo tanto, más fácil es para el artista reproducirlos. Pero Timantes conocía los límites señalados al arte, y sabía que el dolor que experimentaba Agamenon como padre, solo podía manifestarse por medio de las contorsiones de la fisonomía, que la privarían de

toda belleza. De consiguiente, la accion de velar el rostro del padre no es más que un sacrificio hecho por el artista en aras de la belleza, que, como se ha dicho, era la primera ley de las artes plásticas en la antigüedad.

El artista debe observar siempre una gran mesura en la expresion que dá á sus personajes. Como solo puede representar un instante dado, y como su obra no se hace para mirarla una sola vez, sino para contemplarla repetidas veces, el instante que se escoge no debe ser el del paroxismo de la pasion; porque el artista no debe expresarlo todo, y es preciso que deje algo á la imaginacion. Entre los antiguos, Timonaco gozaba de la fama de haber escogido para sus cuadros argumentos llenos de pasiones extensas y vigorosas; y su *Medea* y su *Ajax furioso* eran célebres. Sin embargo, no los presentó en el último grado de la pasion, sino que eligió aquel momento de transicion en que uno presiente la explosion del sentimiento en todo su desarrollo. Así es que no pintó á Medea en el instante en que realmente asesina á sus hijos, sino en el que precedió al acto cruel, cuando el amor maternal luchaba violentamente con los celos. Y no representó á Ajax en el momento en que, furioso, ejercía su obra de venganza y devastacion en el ganado, que tomaba por hombres, sino que el artista nos lo pinta cuando, despues de consumados esos hechos, y vuelto á la razon, ya rendido y fatigado, toma la resolucion de suicidarse. Y este es, verdaderamente, el furioso Ajax, no porque en el momento en que lo contemplamos lo sea, sino porque vemos que lo ha sido; porque comprendemos la magnitud de su furor en la vergüenza desesperada que él mismo experimenta. Juzgamos de la tempestad que ha agitado su alma, al ver las ruinas y cadáveres de que ha cubierto el campo.

El axioma de que una buena poesia descriptiva debe producir un buen cuadro, y de que el poeta no ha descrito bien sino á condicion de que el artista puede seguirle rasgo tras rasgo, tiene grandes restricciones que debemos admitir, aún ántes de verlas confirmadas por los ejemplos. Basta que para ello tomemos en consideracion la vasta esfera de la poesia, el campo ilimitado de nuestra imaginacion, la inmaterialidad de sus imágenes, que pueden colocarse una al lado de otra, en número y variedad infinitos, sin que la una cubra ó desfigure á la otra, como sucede con el objeto mismo ó los signos materiales de este objeto en los estrechos límites del tiempo ó del espacio. La poesia tiene su dominio más vasto que

la pintura; tiene bellezas que esta última no puede alcanzar, y á veces tiene razon en preferir á las bellezas pintorescas las que no lo son. Estando abierto al poeta el inmensurable imperio de la perfeccion, la representacion de la belleza física solo es uno de los medios más insignificantes de que puedo disponer para interesarnos en favor de sus creaciones.

El poeta puede personificar las abstracciones, que quedan bien caracterizadas con el nombre y acciones que les presta. El artista carece de estos medios: para personificar sus abstracciones, tiene que darles emblemas que las hagan reconocibles. Una figura de mujer con un freno en la mano, otra apoyada en una columna, son en el arte seres alegóricos. Pero la Moderacion, la Firmeza, no son seres alegóricos en el poeta: son simplemente abstracciones personificadas. Los emblemas de que el artista rodea á esta especie de seres, son invenciones de la necesidad, porque sin ellos el arte no podría indicarnos lo que tal ó cual figura significa. Los medios, pues, que el arte ha descubierto para acercarse á la poesia, no debe considerarlos el poeta como perfecciones dignas de envidia. Lo importante para éste es que los seres que crea tengan vida propia, y que nos lo haga conocer por medio de sus acciones.

Homero tiene dos clases de seres y de acciones en sus poemas: visibles ó invisibles. La pintura no puede expresar esta diferencia: en ella todo es visible, y visible de un solo modo. Por ejemplo, cuando los dioses, divididos en sus pareceres acerca del destino final de los troyanos, combaten entre sí, este combate permanece invisible en la poesia, y esta misma invisibilidad permite á la imaginacion dar rienda libre á sus facultades, ensanchar la esfera donde pasa la escena, y prestar á las personas y hechos de los dioses la grandeza que quiera, elevándolos de un modo incommensurable sobre la humanidad. Pero la pintura, al hacer visible la escena, tiene que darles á sus personajes proporciones en armonía con la idea que nos formamos de esos seres superiores, que nos parecen grandiosos en los versos del poeta, pero que, al querer trarladarlos al lienzo, se convertirán en monstruos.

La magnitud, la velocidad, la fuerza, todos los dones, en fin, que Homero concede á sus dioses en un grado aún más eminente, más maravilloso que los que concede á sus héroes más favorecidos, todas esas cualidades se reducen forzosamente en un cuadro á la proporeion humana. Júpiter y Agamenón, Apolo y Aquiles, Ajax y Marte, se convierten en manos del pintor en seres de una misma especie, reconocidos tan sólo por ciertos atributos de convencion.

Los cuadros más hermosos del poeta no son á menudo propios para ser reproducidos convenientemente por el pintor ó escultor. Innumerables son los ejemplos que pudieran presentarse; pero basta con uno para nuestro propósito. Sea el cuadro de la peste en la *Iliada*. ¿Qué vemos en el lienzo del pintor? Cadáveres, hogueras, los moribundos ocupándose de los muertos, y al dios irritado sobre una roca lanzando sus flechas. Pero el poeta es aquí inmensamente superior al artista. Hé aquí como se expresa: "Irritado, con arco y carcax descendiendo Apolo de las cumbres del Olimpo; á cada uno de sus pasos resuenan las flechas en los hombros del colérico dios: se adelanta semejante á la noche. Se detiene frente á las naves: prepara una flecha, el arco de plata resuena terriblemente, y dispara el primer dardo contra los animales; lanza luego otra flecha envenenada contra los hombres, y por todas partes se encienden hogueras inextinguibles para consumir los cadáveres." ¡Que rápida sucesión de cuadros nos presenta el poeta! Es imposible hacerlos pasar todos en un sólo cuadro material; y la principal ventaja del poeta es, que ántes de mostrarnos el último cuadro, que sería el que escogería el pintor, nos ha presentado ya una galería de cuadros.

Un poema puede ser muy fértil para el pintor, sin que por eso sea muy pintoresco en sí; y, al contrario, puede no ser fértil para el pintor, y abundar en diversidad de cuadros. Milton es un gran poeta épico, aunque su *Paraiso perdido* no suministre al pintor sino muy pocos cuadros; así como los Evangelios nunca serán un poema, aunque apénas pueda citarse un pasaje que no haya ocupado á una multitud de grandes artistas. Esto destruye por completa teoría de los que sostienen que puede juzgarse de la bondad de un poema por el número de cuadros que suministre á un pintor.

Un cuadro poético no es precisamente el que pueda suministrar argumento para un cuadro material; sino que debemos dar ese nombre á todo rasgo ó conjunto de rasgos, por medio de los cuales el poeta nos hace tan sensible el objeto de que se ocupa, que éste no es más conocido que las mismas palabras que ha empleado para pintarlo. Se llama *cuadro*, y lo calificamos de *pintoresco*, porque nos aproxima al grado de ilusión que es capaz de producir el cuadro material.

La pintura emplea para sus imitaciones medios completamente diversos de los que usa la poesía: aquella se sirve de formas y colores encerrados en el espacio, mientras la segunda emplea sonidos

articulados que se suceden con el tiempo. Como los signos deben tener una relación material con el objeto significado, tendremos que: signos colocados, unos al lado de otros, sólo pueden expresar objetos cuyas partes existen unas al lado de las otras; así como signos que se suceden unos á los otros, solo pueden representar objetos que se suceden, ó ocupar partes que se suceden unas á otras.

Objetos que existen unos junto á otros, ó cuyas partes existen unas junto á otras, se llaman *cuerpos*. Por lo tanto, los cuerpos, con sus cualidades visibles, son los asuntos propios para la pintura.

Objetos que se suceden, ó cuyas partes se suceden unas á otras, se llaman generalmente *acciones*. Por lo tanto, las acciones son el asunto principal de la poesía.

Los cuerpos, sin embargo, no existen sólo en el espacio, sino también en el tiempo. Tienen una cierta duración, y en cada instante de esta duración pueden cambiar de aspecto y presentarse relacionados de otro modo. Cada uno de estos diversos aspectos y relaciones instantáneos, es el efecto de un aspecto y relación anteriores, y pueden ser el origen de aspectos y relaciones posteriores, llegando, por lo tanto, á ser el centro ó nudo de una acción. La pintura, como que únicamente puede representar un solo instante de esa acción, debe, por consiguiente, escoger el más fecundo, el que mejor haga comprender el instante que le precede y el que le sigue.

Las acciones no pueden tampoco subsistir por sí mismas, sino que tienen que adherirse á ciertos seres; y en tanto que estos seres son cuerpos, ó se les considera como tales, la poesía representa también cuerpos, pero solo por vía de inducciones sacadas de las acciones. Por lo tanto, la poesía, por medio de imitaciones sucesivas, no puede representar sino una sola de las cualidades de los cuerpos, y debe, en consecuencia, escoger aquella que presente la imagen más sensible del cuerpo y lo haga producir el efecto que desca. De aquí proviene la regla de la unidad en los epítetos, y la de la parsimonia en la descripción de los objetos corporales.

Se hará la objeción de que, componiéndose el lenguaje de signos arbitrarios, puede representar lo mismo los cuerpos que las acciones. Como ejemplo brillante de esto se cita la célebre descripción que hace Homero del escudo de Aquiles. A esta objeción responde Lessing, diciendo: que el lenguaje puede pretender la representación de los cuerpos, aunque sin éxito alguno, porque lo más que

puede hacer es presentar las partes detalladas de cada objeto, sin dar, como el arte plástico, una idea del conjunto al primer golpe de vista.

El poeta no debe contentarse con que se lo comprenda, ni basta que sus imágenes sean claras y precisas: con esto se contenta el prosista. El poeta, por el contrario, debe hacer tan vivas las ideas que en nosotros despierta, que se nos figure que experimentamos las impresiones sensibles de los objetos mismos, y que en ese momento de ilusión olvidemos los medios de que se sirve para llegar á ese resultado.

Ahora bien: para adquirir la noción de una cosa en el espacio, nos representamos primeramente las partes separadas, luego las relaciones de estas partes entre sí, y, finalmente, el todo. Nuestros sentidos llevan á cabo estas diversas operaciones con tal rapidez, que nos parece que sólo forman una. Pero lo que la vista percibe de un golpe, nos lo presenta el poeta parte por parte, y muchas veces acontece que cuando llegamos al último rasgo, ya hemos olvidado el primero. Y, sin embargo, de la reunión de todos estos rasgos podemos componer un todo armónico: los detalles sometidos al exámen de la vista permanecen constantemente ante ella, y esta puede contemplarlos cuantas veces quiera. Con el oído sucede todo lo contrario: los detalles se pierden si no permanecen en la memoria. Y aún suponiendo que permanecieran, ¿cuántos esfuerzos nos costaría renovar las impresiones recibidas y abrazarlas de un golpe de vista, á fin de llegar á una vaga noción del conjunto? El lenguaje, en general, puede pintar un conjunto material por medio de sus diversas partes; pero como instrumento de la poesía no puede hacerlo, porque esas descripciones por medio de palabras destruyen la ilusión, que es el carácter principal de la poesía; y esta ilusión desaparece, porque el carácter de la coexistencia de los cuerpos se encuentra en oposición con el carácter consecutivo del lenguaje; y mientras el primero desaparece en el segundo, aunque la constitución del conjunto nos aparece en sus partes, la reunión definitiva de estas partes para reconstruir el todo se hace muy difícil, y acaso imposible.

Cuando sólo nos dirigimos á la razón, y no á la imaginación; cuando sólo queremos dar una noción precisa y tan completa como sea posible, las descripciones de los objetos corporales, excluidas de la verdadera poesía, encuentran entonces un lugar apropiado, y tanto el escritor en prosa como el poeta didáctico (pues cuando es

didáctico deja de ser poeta) pueden emplear estas descripciones. Fuera de este caso, la pintura detallada de objetos materiales siempre ha sido considerada por los críticos de gusto delicado como una obra fría de la inteligencia, que demanda muy poco genio. Cuando el aprendiz de poeta no sabe qué hacer, dice Horacio, empieza á describir un boscage, un arroyo que serpentea por un florido prado, un impetuoso torrente, un arco iris, etc.

Queda, pues, establecido que el tiempo es el dominio de la poesía; el espacio el de la pintura.

Referir ó enumerar sucesivamente, con el fin de representar una imagen del conjunto, muchos detalles ó rasgos que en la naturaleza se ven reunidos al primer golpe de vista, y que en la narración del poeta deben dar la idea de un todo, es penetrar en los dominios de la pintura, prodigando inútilmente mucha imaginación.

El escudo de Aquiles, en la *Iliada*, es célebre en los fastos de la poesía, y á él debió Homero que se lo considerara como un maestro consumado en la pintura. Se dirá, sin embargo, que un escudo es un objeto material, y que la descripción de sus partes componentes, puestas unas junto á otras, esto es, referidas sucesivamente, no es del dominio de la poesía. Pues apesar de todo Homero lo ha descrito en cien versos pomposos, y con tantos detalles, con tanta precisión, que ha sido fácil á más de un artista moderno hacer un dibujo conforme en un todo con esta descripción. Pero Homero no ha pintado el escudo como concluido y perfecto, sino un escudo que están haciendo. Se ha valido del feliz artificio de convertir en sucesivo en la relación, lo que ora coexistente en el asunto mismo; y de este modo, en vez de la fastidiosa y detallada pintura de las partes de un cuerpo, tenemos el cuadro vivo de una acción. No es el escudo lo que vemos, sino el artista divino ocupado en fabricarlo. Vemos á Vulcano adelantarse al yunque con sus instrumentos de trabajo, y despues de haber adelgazado las diferentes placas de metal que deben servir para su obra, vemos brotar del bronce, á los golpes de su brillante martillo, una tras otra, las figuras con que quiere adornarlo, y no lo perdemos de vista, hasta que todo está concluido.

No puede decirse lo propio del escudo de Eneas en la *Encida*, pues aunque Virgilio hace tomar á Vulcano las mismas disposiciones que Homero, en este, no solo vemos los preparativos del trabajo, sino el trabajo mismo; mientras que el poeta romano, despues de habernos mostrado vagamente al dios ocupado en sus ci-

clopes, hace caer de repente la cortina y nos trasporta á otra escena, al valle en que Vénus va á buscar á Eneas con las armas que han sido fabricadas durante ese intervalo de tiempo. Las cuelga de una encina, y despues que el héroe las ha contemplado á su sabor, las ha tanteado y probado, empieza la larga descripcion de lo que se halla representado en el escudo, y que, con el eterno "aquí se encuentra", y "allí está", y "cerca se vé", y "más allá hay", se vuelve tan fría y fastidiosa, que es necesario todo el adorno poético que Virgilio podía darle, para que no se haga insoportable. El escudo de Eneas es un verdadero paréntesis en la *Eneida*, destinado al único y exclusivo fin de halagar la vanidad de los romanos; por el contrario, el escudo de Aquiles es un producto legítimo, una parte integrante de la obra. Esta es la produccion de un poeta; aquel, el de un cortesano. En el escudo de Aquiles, todo es accion; en el de Eneas todo es descripcion.

La belleza corporal es el resultado de la armonía de las diversas partes vistas de un solo golpe: exige que estas partes coexistan en el espacio; y como los objetos cuyas partes coexisten en el espacio son del dominio particular de la pintura, como queda dicho, resulta que ésta, y solo ésta, puede imitar la belleza corporal. El poeta, que no puede mostrarnos los elementos de la belleza sino uno tras otro, debe abstenerse completamente de la pintura de la belleza corporal, considerada como tal belleza. Debe comprender que sus elementos constitutivos, sucesivamente enumerados, jamás podrán producir el mismo efecto que cuando coexisten á nuestra vista; que despues de hecha la enumeracion, en vano trataremos de arrojar una mirada retrospectiva para percibirlos á la vez, y que nunca resultará un todo armónico; en fin, comprenderá que está fuera del alcance de nuestra imaginacion figurarnos el efecto que una boca, una nariz, unos ojos, harían reunidos, á ménos que no tengamos el recuerdo de semejante reunion, ya en la naturaleza ó en las obras de arte. Y en esto es Homero un gran modelo. Él dice: Nerco era hermoso; Aquiles aún más hermoso; Elena tenía una belleza divina; pero nunca se deja arrastrar á hacer una descripcion detallada de esta belleza. Y sin embargo, todo su poema está fundado en la hermosura de Elena.

Ariosto, en su *Orlando furioso*, hace en cinco octavas del canto VII el retrato de Alcina, la hechicera, retrato que Dolce, en su *Diálogo de la Pintura*, elogia extraordinariamente diciendo que, "si los pintores quieren encontrar sin esfuerzo el modelo perfecto

de una mujer hermosa, deben leer las octavas en que Ariosto, con arte admirable, describe los encantos de la hada Alcina. *Verán que los buenos poetas son tambien buenos pintores.* " Lessing, por el contrario, al ocuparse de esa descripcion, saca por consecuencia que lo que la Pintura puede expresar perfectamente por medio de líneas y colores, se expresa muy mal por medio de palabras.

La belleza que Homero no podía describir en sus elementos constitutivos, nos la hace ver y concebir por el efecto que produce. Si el poeta puede pintar de una manera viva y animada el placer, la atraccion, el amor, el enajenamiento que hace nacer la belleza, habrá conseguido pintar la belleza misma.

Otro de los medios de que puede valerse para representar la belleza corporal, es el encanto, la gracia. La gracia es la belleza en movimiento, y por esta razon es más favorable al poeta que al pintor. Este sólo puede hacer que se adivine el movimiento, pero en realidad sus figuras son inmovibles. En el retrato de Alcina lo que más encanta es la gracia. La impresion que producen sus ojos no proviene de que sean negros y estén llenos de fuego, sino de que son:

Pictosi a riguardar, a mover parchi.

La boca nos agrada, no porque sus labios están cubiertos de un cinabrio natural, sino porque

*"Quindi escon le cortesi parolette
Da render molle ogni cor rozzo e scabro
Quivi si forma quel soave riso
Ch'apre a sua posta in terra il paradiso." (1)*

Semejantes pinturas, encerradas en un par de octavas, hubieran producido más efecto que las cinco que emplea Ariosto, y en las cuales las ha esparcido, mezclándolas con rasgos frios de belleza plastica demasiado sabios para conmovernos.

Lessing se ocupa en su *Laoconte* de otros muchos puntos relativos á la poesia y á las artes plásticas; pero en el presente escrito nos hemos contraído especialmente á extraer aquella parte que

(1) Ariosto. *Orlando furioso*, Canto VII.

establece las diferencias esenciales entre la Poesía y la Pintura, para dar una ligera idea de su obra, que no creemos se haya traducido al español, y que, como dijimos al principio, tanto ha contribuido á la creacion de la verdadera crítica literaria.

El valor cívico

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL ATENEO DEL URUGUAY

POR EL DOCTOR DON PEDRO BUSTAMANTE

Señores:

No sin razon se ha dicho que los viejos son ricos en experiencia y en cuentos.

Por mi parte, dejando los cuentos para ocasion más oportuna, vengo, á falta de mejor cosa, á ofrecer en tributo al Ateneo del Uruguay el resultado de una parte de mi experiencia, haciendo votos porque en algo le aproveche.

Harto sé yo que en rigor todavía debería pagar porque se me admitiera la ofrenda, al ménos en la forma en que la presento; pero confio que daréis las cuentas por chanceladas, cuando más no sea, por aquello de que á nadie debe exigirse lo que no tiene. Háseme pedido que hable, y hablo, señores, del único modo que yo sé hacerlo, y para adquirir el derecho de oír hablar mejor.

Una disertacion sobre el valor cívico en los presentes tiempos, es cosa que más de cuatro podrán tomar á primera vista por una especie de anacronismo ó una amarga ironía. Dos circunstancias, sin embargo, me han inducido á dar la preferencia á este tema sobre otros: primera, la índole de mi auditorio, compuesto principalmente de personas que atraviesan aquella estacion de la vida, de todas, la más propicia para la germinacion de las grandes virtudes públicas; segunda, la consideracion de que cuando más debemos esforzarnos por levantar y prestigiar esas virtudes, es precisamente cuando ellas pierden terreno y parecen refugiarse como en su último baluarte en el fondo de algunas almas escogidas.

Señores: el valor cívico tiene su origen en el patriotismo, fuente comun de todas las virtudes del ciudadano, y bien pudiera decirse que no difiere del patriotismo asociado á la fé en ciertos principios de buen gobierno y á la perseverante voluntad de sostenerlos.

Adoptar en el orden político como único norte de nuestras aspiraciones y de nuestros actos la justicia y el bien común, sin dejarnos desviar, ni por los hombres, ni por los sucesos, ni por las sugerencias del propio interés, de la ruta que nos traza la conciencia, eso es hacer prueba de valor cívico.

Virtud que supone una pasión tan viva por el bien, tanta abnegación y una fuerza de voluntad tan superior, ya se comprende que no puede ser muy común, porque jamás lo son las grandes virtudes.

Por suerte, tampoco es eso indispensable para que sus buenos efectos se produzcan, siempre que ella se anide en el alma de aquellos á quienes está más especialmente cometida la dirección de los destinos sociales. Un solo acto de valor cívico, un arranque de viril resistencia al mal, al error, á la adversa fortuna ó al peligro extremo, ha bastado á veces para conjurar las más serias catástrofes y aún para cambiar los destinos de un pueblo entero. Tan cierto es, señores, que las *fuertes individualidades son necesarias en la economía del mundo civil para sostener la razón, la virtud y hasta el heroísmo de las masas, que privadas de sus guías naturales, fácilmente se enneguecen y extravían!*

Bien que el océano de las virtudes cívicas disto mucho de ser inagotable, de ellos también puede decirse, como se ha dicho de la libertad, que jamás les faltaron ni les faltarán herederos. Aún en las épocas de mayor abatimiento moral y político y de mayor indigencia de hombres superiores, ellas han tenido sus representantes, y los grandes caracteres imitadores y émulos que han seguido de más ó menos cerca los pasos de los Sócrates y los Catón de Utica, de los Helvidio y los Traseas. En esto también, como en el orden físico, si los individuos escasean á veces, el tipo ó la especie jamás se extingue.

Allí donde vemos un ciudadano honesto y firme en sus principios, en sus propósitos y en sus actos, allí decimos luego que hay un hombre dotado de valor cívico, un hombre de carácter; y es que, en efecto, el valor cívico tiene su punto de apoyo mucho más que en la inteligencia, y más también que en el corazón, en el carácter ó fuerza de voluntad. La experiencia de todos los días ¿no nos dice que un excelente natural y un gran talento no siempre bastan á preservar á un hombre de la más extrema debilidad?

El valor cívico, como todas las grandes virtudes públicas, tiene también sus anales, en cuya utilísima lectura el corazón se expande y el alma se eleva y fortifica á la vez; y en esos anales, los gran-

des caracteres de la revolución de Inglaterra, por ejemplo, ocupan una bellísima página.

Era sin duda un gran carácter aquel Sidney, que todos los días de su vida llamaba á Cromwell *tirano*, al paso que todo un cardenal-ministro, Mazzarino, y todo un monarca absoluto enamorado de sí mismo y de su grandeza, *le Roi Soleil*, se descubrían la cabeza al hablar con los embajadores del regicida.

Eran grandes caracteres y ejemplos vivos de valor cívico aquel Bradshaw que cuando Cromwell acababa de despedir al Parlamento, le decía en su propia cara: "El Parlamento no está disuelto, y ni vos ni nadie, si no es él mismo, tiene autoridad para disolverlo"; aquel Ludlow, que amenazado por Cromwell de ser encerrado en la Torre de Londres, le negaba con toda flemma el derecho de ordenar un arresto, diciéndole: "Un juez de paz lo podría, porque está autorizado para ello por la ley; vos, nó, porque no lo estais", y que creyéndose culpable en conservar un empleo después de muerta la libertad, contestaba á la objeción banal que algunos le hacían en que abandonando su puesto, perdía la ocasión de hacer el bien, diciendo: "Ayudar á cooperar á la usurpación de ese hombre es un mal, y no quiero concurrir á un mal, aunque de ello pudiera resultar algún bien"; aquel Harison, que día á día afrontaba valientemente el odio y las iras del Protector; y aquel Lilburn, en fin, que mutilado por orden de Carlos I por haber osado escribir contra la tiranía, la desafiaba una vez más escribiendo contra ella en tiempo de Cromwell; mártir de la libertad bajo todos los poderes, dice Villemain, y tildado de espíritu quimérico y de insensato por aquellos que no pueden concebir la resistencia contra el más fuerte.

Qué pléyade aquella de ciudadanos y de grandes caracteres, señores! Y qué gloria, qué justo motivo de orgullo para una nación haberlos producido y saberlos comprender y admirar!

Y todavía después de ellos, la revolución de Inglaterra nos ofrece otros dos grandes modelos de valor cívico: el uno en aquel ilustre patricio que preguntado cuando le conducían al patíbulo dónde estaba en aquel momento la vieja buena causa, respondió, llevándose la mano al corazón: *Aquí!* El otro en el gran Milton, que ha sabido arrancar á un moderno escritor, mediocremente liberal y nada lisongero, estas palabras que son también todo un apoteosis: "Si, habládme de esos hombres nacidos de pié, á quienes no doblegan ni amigos ni enemigos, que sobresalen en decir *nó*, y que serían capaces de mirar al sol mismo cara á cara. Rara es esa

raza de hombres, tan rara que toca ya en lo ideal, y que la más bella nota de los líricos es el apoteósisis de los obstinados. *Justam et tenacem*, cantaba Horacio. . . . y en cuanto al *Paraiso perdido*, su héroe no es Satán; es, sí, el poeta mismo (oid bien, señores) es Milton; Milton, viejo, pobre, ciego, cuyas últimas miradas han visto caer la república; Milton, perseguido y fulminado á la vez por los acontecimientos. . . . pero inflexible como todo un pandemonium. . . .”.

Señores; felices, mil veces felices, aquellos á quienes la posteridad puede tributar tales homenajes! Ellos no tendrán, por cierto, el favor de los poderosos, reservado para los espíritus débiles ó las conciencias acomodaticias y ductiles, y bien puede suceder que tampoco reciban en vida la aprobacion de los contemporáneos, que no siempre aciertan á distribuir equitativamente sus coronas; pero en cambio tendrán lo que vale más aún: el rico galardón de una conciencia tranquila, lograrán á sus hijos un nombre más que respetable, y más día, ménos día, los venideros les harán la justicia que les nieguen los presentes.

Y no se crea que el coraje civil es privilegio exclusivo de las naciones populosas. No necesitaríamos remontar nuestro pensamiento á otras edades ni volver la vista á otras regiones para encontrar un grande ejemplo de valor cívico en un hombre que todos vosotros conocéis, al ménos de nombre y por sus escritos; un hombre que se ha estrellado contra todos los caudillajes y todas las prepotencias personales; que ha combatido con su poderosa palabra todos los intereses inmorales, á la vez que pulverizado todos los sofismas de la casuística política, sin cortejar por un momento ni á gobiernos ni á pueblos, ni á amigos ni á enemigos, y lo que requiere un templo de alma superior á todo cálculo; un hombre, señores, que para poder salvar inmaculada su conciencia de ciudadano, no ha trepidado en atraer sobre su cabeza las iras de su propio país, ó por lo ménos en afrontar su amarguísima censura, y como él mismo lo ha dicho, en *renunciar acaso para siempre á descansar su frente y refrescar su espíritu bajo la copa de los árboles que plantaron sus mayores*.

¿Conocéis muchos que hayan hecho otra tanto?—Dueño es cada cual de disentir de sus ideas y de sus opiniones; pero ¿quién osaría poner en duda su indómito coraje y su extraordinaria independencia de carácter?

Digo pues, con un gran publicista y político moderno, que la pri-

mera cualidad del hombre público, la primera de todas, no es el talento, sino el carácter, y agregaré con él, que los prodigios del heroísmo, los triunfos del hombre de Estado y hasta las concepciones del gran capitán, dependen más todavía del carácter que del talento, y aún del génio mismo.

Los pueblos, señores, consciente ó inconscientemente y bien que por lo comun y por desgracia también algo tarde, vienen al fin á reconocer esta preeminencia del carácter sobre el talento. Ved, sinó, el espectáculo, iba á decir el apoteósisis que acaba de tener lugar en la vecina orilla. Treinta mil ó más personas, con el luto en el corazón y la zozobra en el espíritu, acaban de rodear y de honrar muerto al que vivo fué para muchas de ellas un objeto de abominacion ó de odio, y el blanco de muchas invectivas y de no pocas calumnias. Ah, señores! es que un sillón vacante ó una tumba abierta tienen extrañas revelaciones, rasgan muchas vendas, enseñan muchas cosas que se ignoraban por los más, y descubren abismos ó peligros en que ni siquiera se había soñado. El vacío que las fuertes individualidades dejan en un pueblo no se mide bien hasta que ellas vienen á faltar, y ha sido preciso que la muerte arrebatase á su país á Adolfo Alsina para que sus conciudadanos todos, sin distincion de color ó de matiz político, comprendieran que en la actualidad Adolfo Alsina ora tal vez el eje sobre que giraba la máquina política de la República Argentina y para que lo tributaran el merecido homenaje. Ciertamente que sin dotes intelectuales más que comunes, Alsina no habría podido llegar á tanta altura: pero si se examinan bien su conducta y sus actos todos como hombre de gobierno y de administracion y como jefe de partido, fuerza será reconocer que sus mejores triunfos los más fecundos en buenos resultados, y los que le aseguran un lugar al lado de las grandes notabilidades políticas que ha tonido su país, fueron la obra, más aún que del talento, del carácter.

Nuestra actual civilizacion con sus crecientes refinamientos; sus tendencias más que sensualistas, su espíritu eminentemente calculador y positivo, no podía ser favorable á la vigorizacion de las almas ni á la formacion de los grandes caracteres que no se amasan por cierto entre mullidos cojines ó en ostrados, banquetos y saraos, ni revolcándose en el oro. Así, por lo general, y salvo honrosas escepciones, si comparamos nuestros hombres de hoy con los de ahora treinta ó más años, nos parecerán de escasa talla, y si los comparamos con la generacion del año 10 ó del año 25, acaso los hallaremos pigmeos.

Esto quiero decir, señores, que hemos perdido en energía de carácter y en virtudes cívicas tanto ó más de lo que hemos ganado en sociabilidad, en luces y en *comfort*. Y esto que digo de nuestro país, podría decirse también de todos los demás, porque causas universales ó idénticas producen siempre y en todas partes idénticos efectos.

¿Será acaso la *manía*, común á tantos, de levantar lo pasado á expensas de lo presente, ó bien un estado de exacerbación producido en mi espíritu por el espectáculo de nuestros actuales infortunios, será eso lo que me mueve á discurrir y á expresarme así?

No lo creo, señores, y no lo creo, primero, porque no soy refractario al progreso, ni desconozco lo mucho que en otros sentidos ha avanzado la humanidad en nuestro siglo; y segundo, porque á través del Océano llega hasta mis oídos el grito de alarma que de tiempo en tiempo arranca á los moralistas, así de Europa como de América, el espectáculo aterrador de una relajación progresiva en las costumbres, de una perversión cada día más acentuada del sentido moral, y de una creciente enervación de las almas y de los caracteres.

Pero en todo caso, y sean ó no fundadas mis opiniones á tal respecto, no haya miedo de que ellas se contagien, pues el peligro hoy no viene de los *descontentos*, sino ántes por el contrario, de los *satisfechos*. Los descontentos, ó como suele llamarlos la gente de buen humor en sus ratos de indulgencia, los *misántropos políticos*, son por lo común demasiado amargos para que puedan ser medianamente seductores, y á esta hora parecen ya, como aquel Labieno, contemporáneo del *buen Augusto*, habitantes desprendidos de otro planeta que pugnasen por volver á su centro.

Una circunstancia que habrá de dificultar siempre la formación de los grandes caracteres y la difusión del valor cívico, es el disfavor con que la generalidad de los hombres mira, en la vida al ménos, á los Catón, Sidney, Milton, etc.; disfavor que, mucho más que por eso aire de severidad y de altivez tan común en los hombres independientes y que bien pudiera no ser sino al exceso de sus cualidades, se explica por su ninguna contemporización con los intereses egoístas, que más ó ménos pululan siempre en el seno de toda sociedad, y por cierta mezcla de repulsión instintiva y de secreta envidia hácia las superioridades de todo género que sin cesar ulcera el corazón de las multitudes sobre todo en las épocas de decadencia moral ó política, ó cuando la sociedad obedece á las malas inspiraciones de la democracia niveladora.

Con efecto, la virtud cívica es de suyo austera, no hace la corte á nadie, ni á gobiernos ni á pueblos, no consulta los astros, ni interroga el vuelo de las aves, ni pregunta de qué lado sopla el viento para formular su decisiones; no conoce otro lenguaje que el de la verdad y la franqueza, y esto hace que su comercio no sea amable ni atrayente para la opinión pública, que suele pecar por intolerante, que á menudo toma por un conato de rebelión todo principio de independencia, todo disentimiento del común sentir, hasta en los más arduos y complicados problemas del orden político ó social: y que á los que osan resistirle valientemente y se atreven á decir *si* cuando ella dice *no*, ó *nó* cuando ella ha dicho *si*, les lanza el anatema.

La impopularidad,—hó ahí, señores, la piedra de toque del valor cívico; por que ya se comprende que aún para las almas mejor templadas y los caracteres más independientes, no es la misma cosa divorciarse de un gobierno ó romper con un grupo, pequeño ó grande, de hombres, que divorciarse de todo un pueblo; y lo es tanto ménos, cuanto que la excomunión popular suele extenderse hasta la interdicción del agua y el fuego Es así como se venga la opinión pública de aquello que no logra avasallar.

Pocos son los que se doblegan y sucumben á los primeros embates del huracán, y contados los que por solo el amor del bien y de su país, posponen las buenas gracias de la multitud á la aprobación de la propia conciencia, decidiéndose á beber la cicuta, y en último caso diciéndose á sí mismo: *He cumplido con mi deber y basta*.

Pero el que esto hace, el que resiste á la prueba, ese queda ya definitivamente encorazado contra todos los peligros, presentes ó futuros, y todos á una, así los que le quieran como los que nó, todos dirían de él: *He ahí un hombre de carácter*. Ahora bien, señores, tener así, á falta del favor de los muchos, el respecto de todos ¿no os parece ya un principio de compensación?

Para ser hombre de carácter, mucho es ya quererlo; pero no olvidemos que en esto como en todo, la materia prima la pone la naturaleza. Antes pues de lanzarnos á la carrera, la prudencia exige que nos interroguemos á nosotros mismos y calculemos bien nuestras propias fuerzas, porque es con ellas que hemos de hacer la jornada, y no con las del vecino. Un valor cívico de parada, una energía de carácter que sucumbiese á la primera prueba, sería en verdad la cosa más ridícula del mundo, y bien se ha hecho en bauti-

zar semejante valor con el nombre de *quijotismo político*. Lo que importa es no parecer enérgico, sino serlo, y agregaré, que el que no lo sea, por lo ménos en un cierto grado, bien hará en renunciar á la vida pública.

Epocas hay sin duda en que la fatalidad del destino, la fuerza de los acontecimientos, más poderosa siempre que la voluntad del hombre, por fuerte que ésta sea, ó la comun inercia de los espíritus, lo imponen al valor cívico un rol puramente pasivo; pero no hay ninguna tan desgraciada, ni hay tampoco consideracion alguna de lugar, de tiempo ó de circunstancias, que baste no digo ya á justificar, pero ni á excusar siquiera las apostasías ó la participacion con el mal. *Cómplices* de los crímenes que mancharon la gran revolucion francesa, fueron los miserables que se asociaron á sus perpetradores ó instigadores, y *cómplices* de los Napoleon III, los que ayudaron al infame parricida á asesinar á la república, á hacer de su cadáver un escabel para elevarse al trono, á sustentar su ominoso Imperio y á humillar á la Francia.

Aquellos que olvidando la saludable máxima de Laudon, concurren á lo malo en la esperanza, dicen ellos, de que su concurso pueda producir algunos bienes ó evitar muchos males (pequeños monstruos de vanidad ó orgullo, y de ignorancia tambien, si creen lo que dicen, y grandes monstruos de ambicion y de hipocresía si no lo creen), aquellos digo, juegan una partida en que tienen siempre que salir vencidos, cuando no materialmente, moralmente, y en las luchas políticas puede decirse que la fuerza moral es todo para la causa que representa el bien, por lo cual jamás debe ella desprenderse de esa fuerza si no quiere suicidarse. Solo Dios ó la providencia, por una especie de alquimia que nosotros no conocemos, solo Dios puede hacer surgir el bien de las entrañas mismas del mal. Si lo pudiera el hombre, la moral carecería de toda sancion en la tierra, y no se concibo lo que entónces pudieran ser las sociedades humanas.—Nó, no se llega al bien por el camino del mal.

Yo bien sé que otra es la opinion y la regla de conducta práctica y diaria de los *hábiles*, de los pequeños Maquiavelos, herederos legítimos ó genuinos representantes de la doctrina del Maestro, ya que no de su génio; pero para saber qué autoridad tengan las opiniones de esos tales y que lo merezcan sus palabras, estudiad, os ruego, la historia de su vida, observad el rol que jugaron en los acontecimientos que se lisongueaban de poder dirigir ó encaminar á favor de su mucho talento, su ciencia infusa, su gran táctica y su

nunca visto *savoir faire*; mirad en seguida al término de la jornada, ó si lo preferís, el fin de la pieza, y por último contad sus triunfos. . . .

¿Triunfos?—No los hay, señores. Lo que hay, si, son grandes y repetidos desastres para los pueblos que les creyeron, y descrédito y algo más que descrédito, para ellos mismos. . . .

« Una vez inducido un hombre ó un partido á entrar por el aro fatal de los acomodamientos, un primer error lo empuja á otro error, una falta á otras, y otras, porque la fecundidad del mal es prodigiosa; y así, de renuncio en renuncio, de claudicacion en claudicacion de caida en caida, váse rodando hasta tocar el fondo del abismo, y piérdese al fin, no ya el valor cívico, sino otra cosa más preciosa aún, y si posible es, más necesaria para los que suben que para los que bajan la montaña de la vida: *el pudor cívico*.

En definitiva, á eso conducen las debilidades y las capitulaciones con el mal; á eso, y á extraviar la razon y corromper la conciencia de las masas populares, porque, señores, ¿qué queréis que haga el infeliz soldado, cuando los generales lo enseñan y lo abren con su propio ejemplo el vergonzoso camino de la desercion?

En la carrera que en un día no lejano habreis de emprender, tenedlo por cierto, mis jóvenes amigos, no han de faltar Satanes que os ofrezcan tambien el reino de la tierra mediante una prudente transaccion, en que empezarlais por abatir vuestra bandera y romper ó mellar vuestra espada. Á esos, responded como Jesús al gran tentador, ó si preciso fuese, como Ulises á las sirenas, haciéndolos atar al mástil de vuestro navío para mejor escapar á sus pérfidas caricias y seductoras promesas. Entre derribar un edificio y apuntalarlo, hay un medio que está al alcance del comun saber, y eso es el único medio salvador para el que no puede hacer el bien ni concurrir á él.

Por numerosas que las defecciones pudiesen ser, nadie tema quedarse solo, que no hay soledad comparable al suplicio del que procura esquivar la mirada de los hombres dignos, seguro, ó receloso al ménos, de leer en sus ojos la reprobacion de su propia conducta. Y luego, nunca está solo el que está con la verdad y la justicia, ni mal acompañado el que vive en paz con su honor y su conciencia.

Haz lo que debes, suceda lo que suceda: ¿no es esto el precepto de la sabiduría estóica y de la moral cristiana tambien? Pues sea él la base fundamental de nuestro plan de vida, en polí-

tica como en todo. Los mejores cálculos engañan amenudo — la conciencia nunca.

La generacion que os ha precedido en el escenario político se retira de él estenuada tras una labor larga y penosa, y más acaso que otra alguna acongojada, pero nó desesperanzada. ¿Sabeis por qué? Porque en medio de todo, y á despecho de todo, ella deja más de un ejemplo de valor cívico, de abnegacion patriótica y de consecuencia política que imitar, y ha sembrado en su camino una semilla que confía será fructificada por los cuidados y cosechada por la mano de las generaciones que la han de suceder. Así acontece siempre, señores: sembrar y recoger son demasiadas operaciones para una sola generacion. La que recoge no es nunca la que sembró, y gracias todavía cuando la siembra no exige el concurso de varias de ellas!

Para levantarse de su postracion y encaminarse á mejores destinos, nuestro país necesita más todavía que hombres de extraordinario talento, hombres de verdadero buen sentido y de buena voluntad. Jorge Washington no fué otra cosa que el tipo más acabado de esa especie de hombres, y entretanto él ha eclipsado á todos los grandes génios que le han precedido ó sucedido en el mundo; ha fundado la independencia y la libertad de su país; ha echado ó ayudado á echar en él los cimientos de un poderoso imperio, objeto hoy de la admiracion de los más, de los celos de algunos, y ha dado no solo á su patria sino al mundo entero, el grande y saludable ejemplo de la practicabilidad de la república democrática, que sin él acaso sería todavía hoy una utopia para muchos y un problema para todos.

Ya lo veis, señores: la verdadera grandeza; el verdadero génio político; el que se sobrevive en sus propias obras, en el duelo de sus contemporáneos, y en los recuerdos, en la admiracion y el reconocimiento de las edades póstumas, no es el génio teatral y deslumbrador, pero egoísta y solo fecundo para el mal, de los Césares y Napoleones, funestos en vida y hasta despues de muertos, sino ántes bien aquel que se pone sin reserva al servicio de las ideas justas, de los sentimientos generosos y de los intereses legítimos de los pueblos que le confían sus destinos.

Dejad á los sofistas políticos inventar sistemas quiméricos ó extravagantes, adulterar la historia y apurar los recursos de su ingé-
nio para forjar títulos á la opresion, absolver las empresas y los actos más condenables é insultar por su propia cuenta ó por la

ajena á los pueblos que sus ídolos tiranizaron ó pueden tiranizar; hay en el mundo una tradicion de verdad y de justicia que ni tiranos ni sofistas podrán jamás borrar, y dígase y hágase cuanto se quiera, la conciencia humana ha de protestar eternamente contra las usurpaciones y los crímenes *por mayor* de esos grandes bandidos coronados, tan injustamente llamados grandes hombres.

Lo sé; todos no pueden ser Washington; pero no hay nadie que no pueda buscar inspiraciones para su propia conducta en lo que él quiso para su patria y supo hacer por ella, y que no pueda amar y ser útil á la suya.

Una palabra más y concluyo.

Hay una aristocracia natural, que solo la mediocridad ó la envidia podrían repudiar, una única nobleza legítima y á la que nuestra democrática constitucion ha dado una consagracion expresa: la de los talentos y las virtudes. Vosotros, amigos míos, nobles ya por el talento, ó por la ciencia, que lo desarrolla, lo pulo y lo disciplina; sedlo tambien para que nada os falte, por el conjunto de las virtudes cívicas, y para ello procurad sobre todo educar y fortificar la voluntad, que es la base del carácter; pero sin olvidar que la fuerza misma de voluntad deja de ser una cualidad si no vá acompañada de la consecuencia de principios, de la moralidad de medios y de la pureza de propósitos y fines. No basta amar el bien; es necesario además amarlo y practicarlo con pasion, y si posible es, identificarse con él.

Virgilio

(Traducido del italiano para los *Anales del Ateneo del Uruguay*)

POR PABLO ANTONINI Y DIEZ

En los últimos días de 1848 ó en los primeros de 1849, en medio de las prolongadas turbulencias de la revolución de Febrero, Jorge Sand escribía á una amiga: "*Vous croyez que je bois du sang dans de crânes d'aristocrates? — Eh! non: j'étudie Virgile*".

Sí, por cierto; ningún otro nombre de poeta podía ser mejor evocado para atestiguar hábitos tranquilos, pensamientos elevados, humana y piadosa serenidad de intenciones en contraposición á las iras, á las violencias, á las tempestades de la vida pública.

Virgilio fué llamado el poeta predilecto de los hombres buenos, y esto dimana sin duda de haber él sido hombre muy bueno. Yo, sin preocuparme de otros testimonios, lo arguyo de una particularidad en la cual no sé si otros se han fijado. Los poetas romanos, sus coetáneos, lejos de recelar su grandeza afortunada y de envidiarlo, lo aman de comun acuerdo y celebran sus méritos con calor. Ovidio predice sus glorias eternas como Roma:

*Tityrus et fruges aviciaque arma legentur,
Roma triumphati dum caput orbis erit.*

Propertio se exalta hablando de él é intima á todos los poetas, griegos ó romanos, á que se descubran la cabeza y le cedan respetuosamente el paso.

Cedite, romani scriptores, cedite, Grai!

Pero sobre todo, son significativas las atestaciones asiduas de ardiente é ilimitada amistad que le venían de Horacio Flaco. Mate-

ria, ocasiones y estímulos á malevolencia entre ellos no debían faltar, si se piensa en la peligrosa vecindad en que vivieron. Eran émulos en el arte, émulos en la protección de Augusto y en la amistad de Mecenas, que era bastante hábil para guiarse según los gustos, mandando de regalo perfumes á Virgilio y ánforas del viejo Clío á Horacio. Ni á este satírico debía faltar cierta vena de humor acre y difícil. Sin embargo, si hay alguien con quien abunda en ternura y en elogios, es Virgilio. Cuando se embarca para Grecia pide con instancia á todos los dioses protejan la nave para que le conserve en el amigo la mitad de su alma.

Et servas animae dimidium meae.

Y del poeta, él, difícil elogista, habla con encomios amplísimos, atribuyéndole las cualidades que á él, Horacio, eran peculiarmente gratas y debidas:

..... *molla atque factum
Virgilio annuerunt gaudentes rure Camenae.*

¿ romper ese coro de entusiasmo y alabanzas afectuosas no se levanta más que un sola voz: la de Mævio, el importuno Zoilo de Roma; y Virgilio, siempre moderado y tranquilo como los fuertes, se limita apenas á darle un golpe de rechazo:

Qui Bavianum non odit, amet tua carmina Mævi!

*
* *

Virgilio no fué solamente amado por sus contemporáneos. Continúa al través de los siglos esa especie de amable seducción ejercitada por él sobre los ánimos y vá sucesivamente asumiendo formas diversas, según los tiempos. El emperador Calígula, locamente feroz, se alarma y se irrita de esa especie de culto gentil; pero cuando amenaza ofender la querida y sagrada memoria de su poeta, el pueblo de Roma se asombra y se indigna más que por cualquiera otro acto cruel del tirano.

¿ Quó más? El culto de Virgilio atraviesa incólumo la grande evolución del cristianismo y entra respetado, y bajo cierto aspecto, aumentado en los tiempos nuevos. Los ángeles bajan del cielo y

enangrientan á golpes á Jerónimo porque es demasiado *ciceroniano*; de su amor por los exámetros virgilianos parecen hacerle gracia. Es verdad que Agustín se confiesa á Dios y se arrepiente de las lágrimas piadosas en abundancia vertidas sobre el infeliz amor de la abandonada Elisa; pero una voz surge de toda la Edad Media cristiana para asegurar al santo obispo de Hipona que esa culpa le será fácilmente perdonada.

Virgilio, por medio de la leyenda, entra en la epopeya cristiana, salvado del horrendo naufragio de todos los ídolos y de todas las grandezas del mundo pagano. Entra como un precursor al lado de los profetas, de las sibilas, de Bautista; y Dante habría podido impunemente atreverse á poner á su maestro fuera del infierno, como Caloso, Estacio y otros. ¿No había él vaticinado en su Égloga IV, por impulso de celestial presagio, el nacimiento de una nueva serie de siglos, la vuelta de la Justicia y la justa progenie venida del cielo? También San Pablo, (así se cantaba en las iglesias) desembarcado en Nápoles, había corrido á visitar el sepulcro del poeta, lo había humedecido con sus lágrimas, quejándose en alta voz de haber llegado tarde:

*Oquem, inquit, reddidissim
Si te vivum invenissem,
Poetarum maxime!....*

De este tratamiento de fervor especialísimo hecho á Virgilio por la leyenda cristiana, yo creo, con otros, que haya sido causa la Égloga IV con la singular ambigüedad de sus primeros versos; pero no creo que ella haya sido la única causa. Sin duda, yo pienso, contribuyó en mucho á ella el sentimiento de profunda y general religiosidad que respira en sus poemas y que no podía dejar de esparcirse eficazmente á su alrededor, causando dulce maravilla en los prosélitos de la nueva fé.

La religiosidad de Virgilio sería por sí sola amplio tema de disertación; pero yo prefiero limitarme á recomendar la lectura del camerado estudio hecho por Gaston de Boissier. Lo que en el acto salta á la vista es el culminante contraste, aún en esto, entre Virgilio y Lucrecio. El cantor del piadoso Eneas no es solamente religioso, pero también se aleja enteramente de aquel tipo de creyente que el autor del *De rerum natura* nos pinta triste, abatido y acobardado bajo el peso de dogmas medrosos (*gravi sub religione*) y ansioso de que Epicuro ó Lucrecio lo vengán á libertar.

La religion de Virgilio tiene por el contrario una inspiración grandiosa, serena, consoladora. Es sobre el tono del himno á la madre de los Eneades con que tiene espléndido exordio el poema de Lucrecio: luego se desenvuelve y se propaga en armonías esquisitamente humanas. Apasionado investigador de las más remotas tradiciones itálicas, de esa fuente pura ó primitiva, el poeta tomó sin duda, nó las formas y los mitos ya elaborados de antigua data en el doble taller de Grecia y de Roma, sino una sensibilidad íntima de piedad arcáica capaz de reanimar y casi de rejuvenecer las rancias y gastadas mitologías.

Es indudable que leyendo, por ejemplo, á Ovidio nos sentimos dentro de un Olimpo todo lleno de deidades decrepitas y de fábulas opacas, que lejos de vivir y moverse por virtud propia, son sostenidas ó impulsadas por fuerza de consuetud. Con Virgilio estamos más cerca de los griegos y de los itálicos primitivos. Las fábulas vuelven á adquirir su agilidad espontánea, los mitos su transparencia sincera; nos sentimos, en suma, mucho menos alejados de aquel punto misterioso en que las fábulas y los mitos parecen desvanecerse en un beso y van á confundirse en el seno animado de la eterna naturaleza.

* * *

El poeta que en versos perfectos había sabido cantar á los dioses agrícolas, al cultivo de los campos y de las abejas, penetrando en toda la vasta ó ingénua poesía del argumento, estaba ciertamente bien preparado para acoger en un grandioso designio épico las tradiciones sagradas del agreste Lazio; pero no bastaba. Se requería además un intelecto profundamente poseído por el sentimiento de la heroicidad y que por su nobleza se levantase en sumo grado sobre las preocupaciones de su tiempo. Tal era el ánimo fuerte y recto de Virgilio, que aún inclinado á la causa de César, sabe encontrar acentos sublimes en las *Geórgicas* para maldecir la guerra civil; y despues en la corte y bajo los ojos de Augusto, no trepida en exaltar á Pompeyo y en quejarse por boca de Anquises que César, el primero, no haya arrojado con magnánimo ejemplo el arma fratricida:

*Ne pueri, ne tantae animis assuescite bella;
Non patrici validas in viscera vertite vires.*

*Tu que, prior, tu parce, genus qui ducis Olympo;
Poijce tela manu, sanguis meus!.....*

Solamente de esa manera el poeta épico, libre el espíritu de toda preocupacion pequeña ó mediocre, podría volar como el águila, dominar hombres y acontecimientos, y desde su cima, reunir en un estupendo concepto los destinos de Roma y dignamente cantarlos.

Por esto se ha dicho con razon que para comprender á Roma nada hay mejor que la *Encida* de Virgilio y las *Décadas* de Tito Livio: ni el poeta le cede dentro del ámbito de su esfera al historiador.

Tertuliano con una poderosa palabra, y Plinio con una página memorable, intentaron esculpir la grandeza colosal de Roma y su colosal mision en la historia del mundo; pero eso mismo respira, palpita y se mueve con magestad escultoria insuperable en los exámetros virgilianos:

*Tante molis erat Romanam condere gentem. . . .
Tu regere imperio populos, Romane memento;
Hæ tibi erunt artes, pacisque imponere mores,
Parcere subjectis et debellare superbos*

En la *Encida*, conjuntamente con Roma, se siente la Italia. Se siente no solamente el anhelo de Eneas deseoso de reposar en ella sus errantes penates de Troya, no solamente en el grito de júbilo de Acates al percibir primero desde la alta proa la humilde playa; se siente, por decirlo así, en las entrañas del poema, en el espíritu que lo anima, en el ardiente soplo de patriotismo nacional que circula por todo él. La antigua y sagrada tierra revive y toma cuerpo en los recuerdos de sus gentes, de sus usos y de sus tradiciones. Con justa razon observa Saint-Beuve que con la *Encida* se pueden recorrer parte á parte todos los lugares memorables de la Italia antigua y doquiera el poeta ha evocado ó impreso un recuerdo indeleble. Á esta justísima observacion se podría añadir que, mientras Virgilio tiene principalmente en vista á los troyanos — de ahí el origen de Roma y el reinado de la familia Julia — tiene el cuidado de señalar y casi de reconsagrar con episodios troyanos los varios puntos del suelo de Italia para confirmar así los vínculos de la union y de la antigua fraternidad entre las poblaciones itálicas y Roma.

* * *

Aún en medio de las pompas de Roma y de los favores de Augusto, Virgilio se acordó siempre de su Mantua y del tranquilo hogar de donde lo arrojaron los duros pretorianos, y en sus versos asoma alguna vez la dulce melancolía del desterrado.

Como Dante, esperó vencer la crueldad de sus conciudadanos y ceñir en su *bel San Giovanni* (1) la corona de poeta, así Virgilio aspiraba á la satisfaccion de poder un dia ofrecer á su ciudad natal las palmas cosechadas en el campo del arte y á sentarse tranquilo á la sombra de los cañaverales que verdean en las márgenes del Mincio nativo.

*Primus in patriam mecum, modi vita supersit,
Aonio rediens deducam vertite Musas;
Primus Idumæas referam tibi, Mantua, palmas.....*

Mantua acaba de celebrar dentro de sus muros el centenario de Virgilio, ó Italia toda ha festejado al poeta grande y bueno que en medio de los milagros de la fuerza triunfante tuvo la sensibilidad, tal vez el presentimiento, de una humanidad mejor; tuvo y cantó la religion de su patria y de la patria futura: *Italiam! Italiam!.....*

(1) San Juan, el Baplisterio de Florencia, de cuyas puertas en bronce, obra de Ghiberti, Miguel Angel dijo un dia que eran dignas del Paraiso.

(Nota del traductor).

Discurso de clausura

DE LA CONFERENCIA LITERARIA CELEBRADA EN EL ATENEO DEL URUGUAY
EL 6 DE SETIEMBRE DE 1880

POR EL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

Señoras, señores:

Por la periodicidad con que en el Ateneo se repiten veladas como la que ahora termina, el anuncio de una tertulia literaria nunca podría tomarnos de sorpresa; pero es una fiesta simpática y prestigiosa siempre: es la buena nueva traída á todos los entusiasmos y á todas las esperanzas, de que el interior monólogo de las aspiraciones del alma y de las penas del corazón, vá á expandirse fuera de la íntima personalidad de cada uno, para vaciarse en la turquesa que contornea la dulcísima estrofa del poeta y dá soberbio realce al magestuoso acento del orador.

Una hora de confraternidad en las ideas y de comunidad en los anhelos, es un bálsamo bienhechor que derramamos sobre el secreto de los desfallecimientos sin historia y sin festigos, que si no postran por completo, abaten, sin embargo, haciendo sombría la soledad del pensamiento en la noche sin fin de los recuerdos.

Y para nuestro bien, los pobres proscritos de la república del más poeta de los filósofos, han querido calmar la angustiosa labor de nuestras horas, prestándonos el consuelo de sus fantásticos ensueños con el lenguaje que otro de los desterrados de Platon ha llamado "Pintura que se mueve y música que piensa".

Obligan nuestra gratitud, y debemos honrarlos como en la persona del más delicado de los maestros, enaltecía á la inspiración, la voz que oyera el cantor pavoroso del infierno:

Onorate l'altissimo poeta.

Es en los sentimientos levantados de esa familia de artistas de la armonía y de la palabra, no siempre comprendidos, llamados á

las veces soñadores, con epigramático desdén, porque nacieron con la estrella de los escogidos, donde como en límpido crisol se purifican las ideas y se aviva el sacro fuego de las nobles vehemencias por el bien.

Lamartine ha dicho "la elocuencia hace al individuo bueno, al pueblo grande y á la humanidad santa"; frase que puede servir de corolario á lo que ántes dijera madame de Staël: "que por medio de la oratoria, las virtudes del que habla se hacen comunes al que escucha".

Por eso las ingénitas tendencias que dormitan en el alma, ansiosa de sorprender las revelaciones de la libertad, los enigmas del presente, las profecías del porvenir, sueños de noble ambición esculpidos por la mano apocalíptica del destino en las interioridades del pensamiento, hallan en el fecundo cauce que abren las corrientes de la inspiración una fuerza inapreciable para tentar escalamientos á las cumbres de los problemas imponentes y de los misterios oscuros.

No es, por desgracia, posible para la verdad, seguir una marcha sin espinas en la senda de sus triunfos; pero no debo por eso desmayarse respecto de la suerte reservada á los eternos ideales que la humanidad ha acariciado invariablemente, siempre que murmurando la bendita plegaria de salvación en el naufragio producido por el violento choque de pasiones y de ideas, ha sufrido y ha esperado.

Hoy como ayer, como mañana, el arca depositaria de las creencias que confortan y subliman, ha de cruzar las turbulentas ondas del error, sin peligro de hundirse en los abismos insondables de la miseria y de la nada.

Mientras lo bello y lo bueno tengan sus apóstoles y haya templos del arte con suficiente halago para reunir grupos brillantes de cultores de todo lo que significa una generosa aspiración al perfeccionamiento, debe confiarse en los mágicos resortes de la naturaleza humana para valiecinar el porvenir del mundo.

Sumergido en devorante pesimismo á favor de una idea preconcebida, sienta Carlyle que en los tiempos que alcanzamos ya los héroes son imposibles; y si por tales toma únicamente á esos conquistadores que todo lo llevan á sangre y fuego para buscar el foco luminoso de una idea, el resplandor siniestro de ciudades incendiadas, tiene seguramente razón el ilustre pensador; pero so equívoca, á no dudarlo, si abstrayendo su talento poderoso del meditado exámen de los titánicos esfuerzos de su época, se concreta

á desesperar y á maldecir, olvidando que si han desaparecido los genios excepcionales, empujados por su talla dominante á destacarse con rasgos exclusivos en los cuadros solemnes de la historia, quedan y seguirán sucediéndose en el vaiven continuo de las sociedades, figuras queridas, que tomadas en conjunto y asociadas entre sí, con sus condiciones de desinterés y de virtud, equivalen á las altas individualidades, sin tener para los pueblos el peligro de exponerlos á las veleidades de una fortuna personal deslumbradora; séres que muchas veces anónimos, humildes, al caer jadeantes como el soldado de Maraton, tienen su parte de heroísmo en los triunfos del siglo XIX, que glorifica Pelletan llamándolo siglo profeta. Es cierto, profético, sí; porque á pesar de la duda, terrible enfermedad que lo aqueja, tiene fío en el progreso, lucha y desfallece y cae, pero al tocar el suelo en la derrota, cobra nuevas fuerzas como el gigante mitológico y se levanta erguido; y así que llegue la hora de hacer el inventario de sus conquistas se verá que sin las ansias del esplendor que dá el renombre; sin más norte que la abnegacion y el sacrificio, deja, empero, de luz, una preciosa herencia, que reverberando eternamente, lanzará sobre las edades venideras la proyeccion brillante de mil triunfos que valen más que todas las batallas que dieran fama á los eximios guerreros de la tierra.

Los pasmosos adelantos de la ciencia, la supremacía del derecho, las energías de la justicia igualatoria, las victorias de la libertad, en fin. . . ¿qué más se necesita para abandonar á las sombras de una superioridad eclipsada, todos los siglos glorificados, desde el de Pericles hasta el de Luis XIV?

Para pensar en esto nos hemos dado cita, para sustraernos por una noche á las preocupaciones cotidianas de la vida nos hemos reunido, procurando confundirnos en el éxtasis de una contemplacion ideal, tan solo interrumpida por los ecos momentáneos del aplauso, que se grabarán despues en la mente con el sello duradero de la grata impresion de esta velada.

Y entre tanto, todo es hacer uso de ese sentido del alma, concentrador, sutil: de ese criterio estético que revélanos un mundo de pasiones en la estrechez de una tela, las formas esculturales de la perfeccion plástica en los perfiles de mármoleo trozo que un divino cincel immortaliza, el llanto de la desesperacion y el infortunio ó la blanda sonrisa del contento en las armonías del sonido, y todo lo que anima y lo que eleva, en el colorido de las imágenes excel-sas que prestan sus reflejos á las cadencias del ritmo, y en el celeste fuego que electriza los soberanos giros de la palabra hablada.

Y así se vive, y así se siente, poniendo á contribucion en determinado instante todos los tesoros del alma y todas las ternuras del corazon para descifrar lo que es belleza, ese ente indefinible, ese "no sé qué" — de Gioberti — inmaterial y objetivo que se presenta al espíritu, lo atrae y le arrebatá".

Y el arte, ora melancólico como una aparicion ossiánica, ora riente como una alborada del estío, se impone, porque interpreta la belleza, la exhibe y la magnífica, respondiendo al insomne afán de sorprenderla que domina á los que en ella encuentran no solo un desahogo para los castos deleites de su espíritu, sino tambien sobrados elementos, para que conmueva y arrebaté, ciñéndose los inmarcesibles lauros de la gloria, que es el augusto patrimonio destinado á compensar los esfuerzos que hace por el lucimiento de esa belleza, la diosa peregrina de sus triunfos: la inspiracion sublime.

Sabe marcar el arte verdadero, la rutilante estela del culto de los grandes sentimientos, siquiera conduzcan á la vida implacable del martirio que un día se traduce en la mendicidad del ciego Homero y otro en el tristísimo gemido del desgraciado Tasso en sus prisiones!

Y el imperio de la belleza sobre el hombre nos dá ejemplos grandiosos á millares. Hace adivinar á la multitud romana con retrospectivo miraje, de qué cuna han ido las abejas de la Bética á recoger la miel que destilaban los labios de un niño predestinado; y más tarde, un pueblo adormecido en los temores de su suerte, arrojando mil peligros, sacude su letargo, encuentra que el genio de las obras inmortales bato sus alas sobre la olímpica cabeza de Lucano, el niño de antes ya en toda la madura esplendidez de sus extraordinarias facultades, y lo discierne el premio justo, unánime, espontáneo, alcanzado en competencia con Nerón el tirano feroz, cantor y poeta, mónstruo *dilettanti*, como alguien lo ha llamado.

Bañándose el arte en sus suavísimos esluvios, impregnándose de su aliento vivificador, ha hecho palpitar por unas horas nuestros corazones al unison, elevándonos á la region serena ó immaculada de los altos pensamientos, donde tiene la virtud su apoteosis, sus respetos la justicia, sus prestigios la libertad, y su consagracion todo lo grande, lo bello y lo bueno.

En la noche pasajera de la tierra no podemos aspirar á otros consuelos.

He dicho.

Gobernar es educar

POR DON R. LOPEZ LOMBA

Un hombre que es elocuente—ha dicho el ilustre Presidente Avellaneda—que conoce la historia, la diplomacia, la jurisprudencia puede ser en cualquiera otra parte un hombre de Estado; pero si no se ocupa en toda ocasion y lugar, con infatigable energía, de que la educacion penetre y se difunda á traves de todas las clases sociales, no será verdaderamente digno de ser considerado como un hombre de Estado americano.

Difundamos la enseñanza primaria hasta que esta venga á ser en la República como el aire y la luz, un don gratuito y universal.

Estas hermosas palabras de Henry Barnard debieran constituir el supremo *desideratum* de todos los que aman de veras el progreso de nuestra pequeña nacionalidad.

Prolijo y hasta banal sería empeñarse en demostrar que en las sociedades modernas y en particular en las americanas, la cuestion de la enseñanza, es el problema capital, que debe observar la preferente actividad de los estadistas y sociólogos dignos de este nombre.

Poblar y educar: he ahí, á nuestro juicio, la mision primordial de los gobiernos en América. En otros terminos, aumentar la cantidad y mejorar la calidad de la poblacion, que es el factor esencial de las nacionalidades.

Responden á estos dos objetivos supremos, la *inmigracion* y la *enseñanza*, que debieran ser el doble tema favorito de las meditaciones y el norte á donde se encaminaran los esfuerzos más convencidos, entusiastas y perseverantes de los estadistas americanos.

Determinar una corriente poderosa de inmigracion útil, laboriosa, y esencialmente agrícola, que se arraigue al suelo mediante la fácil adquisicion de la propiedad territorial.

Nada es tan precario y eventual como esa inmigracion espontánea y flotante que se acumula en las ciudades comerciales y que

tan pronto estalla una de esas crisis periódicas, económicas ó financieras se aleja del país en busca de otros centros donde ofrecer sus servicios. Esto sin contar con la escoria de las sociedades europeas, gentes sin ocupacion y de la peor especie que no pudiendo ya vivir allí, se lanzan ávidamente sobre América, alucinados por aureos espejismos y en la vana esperanza de llegar aquí á improvisarse, sin necesidad de pacientes trabajos, una bonita fortuna que los saque de la miseria para toda su vida.

Pero nos desviabamos de nuestro asunto.

Queremos ocuparnos hoy exclusivamente de la segunda parte del problema total que hemos planteado más arriba, esto es, de la enseñanza.

En las sociedades modernas, la cuestion de la enseñanza reviste una importancia mucho mayor que en las antiguas.

En el orden moral como en el material, las naciones actuales se hallan caracterizadas, como observa justamente Augusto Comte, por dos hechos fundamentales, á saber, la *ciencia* y la *industria*.

Por el contrario, en lo antiguo, no era la actividad ni las artes de la paz lo que en los pueblos predominaba. Los cimientos de aquella sociabilidad embrionaria lo formaban, en el orden espiritual, la *teología*; y en el orden temporal, la *actividad militar*, conquistadora ó simplemente defensiva.

La lucha por la existencia en los pueblos como en los individuos ha cambiado de carácter al presente.

En sociedades positivas é industriales como las de ahora, el combate por la vida, se refiere esencialmente á competencias pacíficas en el terreno de los descubrimientos científicos é industriales.

En virtud del principio de la seleccion social, las naciones que han alcanzado el más alto nivel intelectual y moral, que poseen los métodos y procedimientos más perfeccionados, las mejores máquinas é instrumentos de todas clases y saben adaptarse mejor á las condiciones especiales de la época y del suelo en que viven, tienen asegurado en definitiva, el triunfo más completo y glorioso.

En América, sobre todo, donde la densidad de la poblacion es tan escasa, es menester suplir lo exíguo del número de los habitantes deseminados en extensos desiertos, por la superior calidad de los mismos.

Un hombre instruido convenientemente, representa, de ordinario, para la produccion el valor de 10 y aún de 100 hombres ignorantes que solo poseen su fuerza física, único elemento que pueden ofrecer á la industria de un país.

Por esto decía con mucha razón José Pedro Varela.

“No se cree que otra y muy diversa sería nuestra posición, si en vez de ser tan ignorante, como lo es nuestro pueblo, fuese tan educado como el suizo, el yankee ó el alemán?”

Los 500,000 habitantes que tiene la República ¿no pesarían *con triple ó cuádruple poder* en la balanza de los pueblos americanos, si con una inteligencia cultivada por la instrucción, explotaran todas las *conquistas de la industria moderna* y pusieran en juego todas las fuerzas que proporcionan el trabajo, el saber, la ciencia?”

Otra razón especial existe también para que consagremos mayor dedicación á la difusión y mejora de la enseñanza.

Las naciones pequeñas como la nuestra, del mismo modo que Bélgica, Holanda, Suiza, Portugal, Grecia, rodeadas de vecinos poderosos, temibles y sin muchos escrúpulos, deben desde luego suplir, como queda dicho, la cantidad por la calidad de sus habitantes. Tienen necesidad de ser más instruidos, más juiciosos, más morales que los demás pueblos, como medio de conquistarse el respeto y estimación de los demás, evitando dar el más mínimo pretexto que ponga en peligro su propia independencia ó integridad nacional.

Por último, milita aún una circunstancia especialísima para que nuestro país preste una atención muy particular á las cuestiones de enseñanza, convirtiendo el interés frío y abstracto de la educación común,—como ha dicho el Dr. Ramírez—en una verdadera causa popular, llena de savia, de fecundidad y de ardor.

El Uruguay es uno de los países más cosmopolitas que existen en el globo. Su población está compuesta de elementos por demás heterogéneos y antagónicos.

Ese cosmopolitismo tan pronunciado hace que el sentimiento nacional sea excesivamente débil entre nosotros y que, en realidad, el elemento criollo esté realmente dominado por esa población extranjera fuertemente abigarrada que nos ha enviado sucesivamente el Mediodía de Europa por un lado y por el otro nuestro poderoso vecino el Imperio. La independencia en este caso es un mito.

En realidad, el elemento nacional está relegado al segundo plano del cuadro. Con escepción de un número reducido de habitantes de las ciudades, la inmensa mayoría de las familias nacionales ocupan las capas más inferiores de nuestra sociabilidad.

Desheredados de instrucción, de riqueza y hasta de hábitos de

trabajo, de orden y de economía, pueden ser considerados sin exageración como los verdaderos *párias del Uruguay*.

Ahora bien: para hacer cesar ese intolerable y vergonzoso estado de cosas, para fundir esos elementos heterogéneos y antagónicos que nos envían las naciones ménos adelantadas del viejo mundo, para asimilarlos, para darles unidad y cohesión, es necesario, de toda necesidad recurrir á un amplio, completo y racional sistema de enseñanza.

Es menester esparcir con mano pródiga la enseñanza elemental é industrial.

Es menester que la escuela se proponga empeñosamente acentuar el sentimiento nacional en las tiernas almas de los niños.

He ahí pues, bosquejadas, á la lijera, las razones que dan tan considerable trascendencia á las cuestiones de educación en nuestro país.

El primer problema que surge, en seguida, en materia de enseñanza, es saber que es lo que debe preferirse: si la elevación ó la difusión de los conocimientos.

Somos de opinión que en punto á instrucción, del mismo modo que respecto al bienestar, y á la moralidad, conviene tener presente esta fórmula del ilustre Balmes.

El distinguido publicista definía de esta suerte el ideal de la civilización humana.

“La mayor moralidad posible en el mayor número posible; la mayor ilustración posible en el mayor número posible; y el mayor bienestar posible en el mayor número posible.”

Lo importante, en efecto, no es poseer una pequeña clase de sabios distinguidos, en tanto que las masas populares se hallan sumidas en la más completa ignorancia.

Mil veces preferible es, á nuestro juicio, cuando no puede conciliarse la elevación y la difusión de la enseñanza, dar preferencia á esta última, aún cuando sea más defectuosa la calidad de la instrucción.

Observa Bukle, al hablar de las leyes mentales de la sociedad en su magistral é inacabada *Historia de la Civilización en Inglaterra*, el contraste singular que ofrecen bajo este punto los Estados Unidos y la Alemania.

En la primera de estas Naciones existen poquísimos sabios eminentes, pero el nivel intelectual de los norte americanos, con ser muy poco elevado, es sin embargo bastante uniforme en todas las clases

de la sociedad. La mayoría inmensa de los habitantes poseen al ménos los rudimentos del saber.

En cambio en Alemania, dice el malogrado Bukle, se ha dado más importancia al cultivo y perfeccionamiento de las ciencias que á su universal propagacion al través de las diversas capas sociales. Se ha dado preferencia para valerme del lenguaje del publicista inglés á la adquisicion sobre la reparticion de los conocimientos.

Los sabios alemanes son de primer orden. Existe una clase letrada que cultiva con gloria los géneros más variados de las ciencias y las artes, que posee las ideas más avanzada del siglo. Con todo, las masas sociales se conservan en un estado intelectual bastante atrasado. Las preocupaciones é ideas religiosos y políticas más añejas dominan entro ellas.

Indudablemente esto podía ser enteramente cierto cuando escribió Bukle, pero al presente debe haber cambiado un tanto la situacion de Alemania. Conviene de todos modos no incurrir en un estado semejante.

Lo mismo sucede con la adquisicion y reparticion de las riquezas y el bienestar.

Así vemos naciones como Inglaterra que marchan á la vanguardia de la civilizacion, que poseen inmensas riquezas y que ofrecen, no obstante, el fenómeno del pauperismo con caracteres alarmantes. Esto solo prueba un vicio en la distribucion de la propiedad.

La ignorancia y la miseria, del mismo modo que la instruccion y el bienestar, andan siempre indisolublemente unidos en forzoso maridaje.

Pues bien. Nuestro país ofrece tambien un espectáculo algo análogo.

Es una sociedad relativamente muy rica, y apesar de eso, una porcion considerable de sus habitantes se arrastran penosamente en la última miseria.

Existe una clase letrada, relativamente, tambien considerable y hasta excesiva, que sigue el movimiento de las ideas más avanzadas, que posee, como si dijéramos, la última palabra de la ciencia; pero en cambio ofrece el irritante y desmoralizador contraste de que una parte importante de su poblacion, casi las dos terceras partes de ellas, carecen de los primeros rudimentos de la civilizacion.

Hay plétora de doctores, como se ha dicho, en las ciudades, y la poblacion de los campos se halla sumida en plena barbarie, en un estado de semi-salvajismo enteramente primitivo.

Y quien dice poblacion de los campos, quiero decir, poblacion esencialmente *criolla, nacional*.

Rubor causa decirlo!

En la Estadística escolar levantada por el Inspector Nacional D. Jacobo Varela—de quien por todo elogio basta decir, que fué el digno sucesor de su hermano José Pedro—se constata la existencia de 107,647 niños en edad de escuela, esto es, de 6 á 14 años, y si á estos se agregan los comprendidos entre 4 y 16 años dicha suma se eleva á la cifra de 156,354, al presente todos mayores de 6 años, de los cuales se educan solo 37,976.

Si se añaden á estos los adultos, no exageramos al afirmar que más de 200,000 habitantes, ó lo que es lo mismo, más de la tercera parte de la poblacion se halla sumida, como queda dicho, en la más espantosa ignorancia.

En los Estados Unidos es donde mejor se ha comprendido y más sacrificios se hacen por la difusion de la enseñanza comun y profesional.

No hace mucho tiempo que el Congreso de la Union sancionó una ley especial para promover la educacion comun disponiendo que el producto de la venta de tierras públicas, (8 millones de pesos anuales) sea capitalizado en un fondo al 4 0/10 cuyo interes se dividirá entre los Estados en RAZON INVERSA DEL GRADO DE INSTRUCCION DE SUS HABITANTES.

Es precisamente todo lo contrario de lo que sucede entre nosotros.

La intervencion del Estado en materia de instruccion, como en cualquier otro punto, tiende á suplir la deficiencia de la iniciativa privada y debe hacerse sentir aquella tanto más, cuanto esta es más debil más exigua, ménos pronunciada y eficaz.

Por esta razon siendo las ciudades, en su conjunto, más ilustradas comprenden mejor y se interesan más por la difusion de la enseñanza. De ahí el que la accion privada se presente en ellas en un grado más enérgico y general. Lo contrario precisamente de lo que pasa en los campos.

Nuestros gobiernos, desgraciadamente, residiendo en la capital, han dado siempre marcada preferencia á las necesidades intelectuales de esta con ovidente descuido de las apremiantes exigencias de la vida rural.

José Pedro y Jacobo Varela han prestado grande atencion á este punto, consiguiendo merced á la perseverante energía de su voluntad, destruir un tanto ese absurdo ó irritante desequilibrio intelectual de nuestra sociedad.

Continuaremos.

Rebelion y castigo

(TRADICION UNIVERSAL)

Al inspirado cantor de la *Leyenda Patria*.

Su admirador y agradecido amigo,

A. M. C.

POESIA LEIDA EN EL ATENEO DEL URUGUAY

POR EL DR. D. A. MAGARINOS CERVANTES

Los predilectos eran del dios Omnipotente,
Privilegiados séres de sin igual belleza,
Sus ángeles amados, que en éxtasis ferviente,
Junto al excelso trono, bañada en luz la frente,
En coro proclamaban su gloria y su grandeza.

Pero uno—el mas gallardo—cediendo al paroxismo
De un ímpetu soberbio que reprimir no supo,
De Dios quitó los ojos y los clavó en sí mismo,
Y al verse tan hermoso dentro de sí no cupo,
Y su demente orgullo le hundió en su propio abismo.

—Abajo Dios! abajo su tiranía! abajo
Su ley incomprensible de la razon insulto!
¡Abajo su humillante, servil y necio culto!
¡Soy libre! y ante nadie mi dignidad rebajo,
Y así rasgaré el velo de su misterio oculto!

Dijo Luzbel... Los ángeles que su blasfemia asombra,
Erguidos ó aterrados, la faz á Dios tornaron;
Mas él veló su frente, y como negra alfombra,

Cerró los horizontes inmensa, horrible sombra,
Y de Luzbel en torno los malos se agruparon!

¡Locura inconcebible! que puede explicar solo,
Eléctrico el contagio que audaz ejerce el mal!
¡Oh vanidad, envidia, orgullo, odio infernal,
Cuya atraccion oculta, como el iman al polo,
Arrastra á los abismos al ángel y al mortal!

¿Quien describir podría la escena incenarrable
De aquel supremo instante que aun el terror difunde,
Cuando Luzbel, seguido de hueste innumerable,
Pisó la primer grada del trono invulnerable,
Que envuelto en las tinieblas parece que se hunde!...

Retrocediendo absortos los astros en el cielo,
Sus luces apagaron con súbito desmayo...
Gemía de los orbes estremecido el suelo...
El vendabal cautivo rugía... y entre el velo
De nubes, crepitaba, forcejeando el rayo!.....

—Jehová!..... rey destronado, por qué á nuestra presencia
Temblando vil te escondes?... por qué cobarde y mudo
No aceptas el combate, no humillas la insolencia
Del que rompió valiente de tu opresion el nudo?...
¿Que se hizo tu justicia, tu suma Omnipotencia?...

Calló Luzbel, y un soplo que disipó el nublado,
De pronto el mar de lumbre la oscuridad trocó:
Sobre su trono, enhiesto, y en derredor cercado
De sus legiones fieles, el Dios así ultrajado,
Terrible, mas sereno, la diestra levantó.

Ya salvan sus linderos los encrespados mares!
Sus comprimidas alas el huracan desata!
El éter encendido se cambia en catarata
De fuego! y de las cumbres, rojizos luminares,
Descienden los volcanes en ondas de escarlata!

Los ángeles rebeldes del cielo despeñados,

No encuentran un asilo donde posar la planta....
 Todo ellos profanaron, y todo se levanta
 Contra ellos justiciero; sus mismos atentados
 Son ahora los dogales que oprimen su garganta!

Verdad ó alegoría, la tradición, sin dolo,
 Profunda una enseñanza refleja en su crisal;
 Oh vanidad, envidia, orgullo, odio infernal
 Que hacía el abismo arrastran, como al iman el polo,
 Si al ángel puy! perdisteis ¿Qué hareis con el mortal?

La Poesía

COMPOSICION LEÍDA EN EL ATENEO DEL URUGUAY, EN LA CONFERENCIA LITERARIA
 QUE TUVO LUGAR EL 6 DE SETIEMBRE DE 1880

POR CONSTANTINO BECCHI

Éco de las empíreas armonías,
 Efluvio de la esencia de las almas,
 Susurro de la brisa de los cielos,
 Perfume del jardín de la esperanza;
 La poesía,
 Ritmo y palabra,
 Es prisma de la luz del pensamiento
 Que el sacro fuego de lo eterno irrádía.

Nació con los gemidos del espacio
 Cuando en él las esferas germinaban;
 Vibró cuando á los mundos conmovía
 La vehemente ignición de sus entrañas,
 Cuando las lluvias
 De fuego y agua,
 Sobre la masa informe de la tierra
 Caían como inmensa catarata.

Es hija del excelso pensamiento
 Que sacó al Universo de la Nada;
 De la ciencia inmortal del Gran Poeta,
 Que, pulsando las cuerdas de su arpa,
 Creó una estrofa
 Y, al entonarla,
 "Sea," dijo, y al vibrar las notas,
 Los mundos que nacían la cantaban.

Vagó por los espacios infinitos
 Resonando la estrofa, como vaga
 El arpegio sagrado en el recinto
 Donde á Dios se levanta la plegaria;

Y esa armonía
Mágica, santa,
Llevó á los orbes el celeste ritmo
Cuya cadencia reguló su marcha.

Y lleno Dios del inefable gozo
Que el sublime concierto le causara,
Plugole completar un gran poema,
Trasunto de su ciencia soberana;

Y dijo un día:
"Poesía, anda,
Fija mi pensamiento allá en la tierra."
Llega, y el primer hombre despertaba.

Y al recibir el aura de la vida
Una voz oyó el hombre, la que en su alma
Repitió los acordes peregrinos
Que vagaban del éter en las alas;

Besó los cielos
Con la mirada,
Y al ver á Dios y comprender su idioma
Sintió que todo á su alrededor cantaba.

Entonces cantó él, y un coro inmenso
Hirió las fibras de las cólicas arpas;
Himno grandioso que llevó al empíreo
La gratitud que el mundo balbuceaba.

Cuántos loores,
Cuánta alabanza,
Elevaron á Dios en aquel himno
Flores, pájaros, selvas y cascadas!

Desde entonces quedaron en la tierra
Perfumes del jardín de la esperanza,
Ecos de las celestes armonías,
Y efluvios de su esencia para el alma;

Y el hombre siente,
Se inspira y canta,
Porque al *ser* lo arrulló la Poesía,
Estro de un Dios que *habló* pulsando el arpa!

SUeltos

Con el año 1883 comienza el 4.º tomo de los ANALES DEL ATENEO DEL URUGUAY.

El año fenecido, como todo lo que pasa para no volver, sólo vive en el mundo de los recuerdos, y dá entrada á las esperanzas que se sueñan en el año que viene á sucederle, iniciando su carrera silencioso, y envuelto en las densidades de lo desconocido.

Por lo que al *Ateneo* respecta, en cuanto á su pasado y su porvenir, no olvidamos que en el año 1882 se han colocado muchas acciones del empréstito para la construcción del edificio que exige el primer centro científico y literario del país. Y no olvidamos que los ANALES han tenido una aceptación benévola por parte del público, que ha visto en nuestro periódico el resultado de un esfuerzo constante por darle tanto interés como requiere una publicación de su índole.

Esperamos en el año corriente echar los cimientos del edificio proyectado; y en cuanto al periódico, prometemos que el grupo literario y científico con que cuenta el *Ateneo* trabajará en el sentido de que continúe para los ANALES la protección popular que hasta hoy no se le ha negado, poniendo los colaboradores el mayor empeño en darle aliciente y variedad á las materias de cada número.

Adolfo Franck, conocido ventajosamente entre nosotros por sus libros, sobre todo por su *Filosofía del Derecho Penal* y su *Diccionario de las ciencias filosóficas*, ha dirigido, hace apenas dos meses, al redactor de la *Revue Sud-Americaine*, que se publica en París, una carta en la cual, como presidente de la *Société française des amis de la paix*, aprovecha la oportunidad de escribirle á un periodista sud-americano, para formular sobre la paz del nuevo mundo un vaticinio, que ojalá abonen sucesos menos luctuosos que la guerra del Pacífico.

Tomamos de la carta del distinguido publicista, los siguientes párrafos:

“ La América está en mejor situacion que la Europa para atenuar, y hasta para concluir con el odioso azote de la guerra, más funesto á la humanidad que todos los flagelos de la naturaleza. Los ódios nacionales apenas tienen en América tiempo para germinar, y á poco que se persevere, desterrarlos es tarea asaz fácil. Desapareciendo los ódios, desaparecerá esa paz armada que arruina las poblaciones y las mantiene en recíproca desconfianza.

Que confie la América en el éxito de esa doble tarea, y llegará á ser la institutriz del antiguo continente. La parte del mundo más nueva por su historia, será así la más vieja por su sensatez. “

HISTORIA DE LA CIVILIZACION

FRAGMENTO

Perfeccion moral y perfeccion intelectual

.
 . . . Resulta que aunque la perfeccion moral tenga más encantos y atractivos para la generalidad de los hombres, que la perfeccion intelectual; sin embargo, debemos confesar que, considerando el resultado final, es mucho ménos activa, ménos durable, y como lo probaré luego, ménos fecunda en ventajas reales. Desde luego, si examinamos los efectos de la filantropía más activa, y de la bondad más lata y desinteresada, hallarémos que son comparativamente de corta duracion; que sólo alcanzan á un número reducido de individuos á quienes aprovecha; que sobreviven rara vez á la generacion que ha presenciado sus fundaciones, y que, si adquieren al fin la forma más durable de grandes asociaciones de caridad pública, abusos sin cuento se introducen pronto en sus instituciones, que las hacen entrar en decadencia, y al cabo de un cierto tiempo son destruídas ó desviadas de su objeto primitivo, burlando de esta manera los esfuerzos hechos para perpetuar la memoria misma de la benevolencia más pura y convencida.

Estas conclusiones nada tienen de satisfactorio, y lo que las hace más chocantes todavía, es la imposibilidad de refutarlas; porque cuanto más penetramos en el corazon de esta cuestion, tanto más claramente verémos la superioridad de las adquisiciones intelectuales sobre el sentido moral. No hay hombre ignorante, la tradicion nos lo prueba, que animado de las mejores intenciones, y armado

con el poder supremo para ponerlas en ejecucion, no haya hecho más mal que bien; y la enormidad del mal ha sido en razon del ardor de las intenciones y de la extension del poder. Pero disminuid la sinceridad del energúmeno, perturbad de alguna manera la pureza de sus motivos, y del mismo golpe disminuiréis el mal que hace. Su ignorancia está aliada al egoismo? Sucederá con frecuencia que podréis matar la ignorancia por medio del vicio, y que, excitando sus temores, restringiréis su funesta accion. Sin embargo, si no es accesible al temor, si su abnegacion es completa, si no tiene otro objeto que el bien de los demás, y que lo persigue en una larga escala con entusiasmo y celo desinteresado, es entónces que no tendréis asidero sobre él, ningun medio de prevenir las calamidades que un hombre ignorante en un siglo ignorante producirá infaliblemente.

El estudio de la historia de las persecuciones religiosas nos hará ver perfectamente hasta donde la experiencia justifica en todos sus puntos esta proposicion. Castigar aunque más no sea un solo hombre por sus doctrinas religiosas, es ciertamente un crimen de los más negros; pero castigar una numerosa comunidad, perseguir una secta entera, tentar de estirpar opiniones, que proyectando sus ramas afuera de la sociedad en que se han arraigado, son una manifestacion de la exuberante fertilidad del espíritu humano; hacer todo esto, digo, no es sólo uno de los actos más perniciosos que podamos concebir, sinó que, además, es el colmo de la locura. Sin embargo, es un hecho innegable que la mayor parte de los perseguidores religiosos eran hombres animados de las más puras intenciones, y cuyas costumbres eran verdaderamente irreprochables.

Y es imposible que fuera de otro modo; porque no son hombres mal intencionados aquellos que tratan de imponer por la fuerza opiniones que creen justas.

¿Son malvados, pues, estos hombres que miran tan poco por los intereses temporales, que hacen servir todo su poder al solo objeto de propagar una religion, que segun su fé es necesaria á la dicha futura de la humanidad? Malvados, no; ignorantes, si! La naturaleza de la verdad, las consecuencias de los propios actos, todo les escapa. Pero bajo el punto de vista moral, sus motivos son inatacables. En efecto, es el ardor mismo de su sinceridad que los impulsa á la persecucion, es el celo santo de que están inflamados que precipita su fanatismo en una actividad terrible. Enclavad en el espíritu de un hombre una conviccion absoluta, la de la importancia

suprema de una doctrina moral ó religiosa; hacedle creer que los que rechazan esta doctrina están condenados á la eterna perdicion, entregadle despues el poder y usad de su ignorancia para encegucerlo sobre las consecuencias ulteriores de sus actos é infaliblemente este hombre persiguirá á los que niegan su doctrina, y la extension de la persecucion será en razon de la magnitud de su sinceridad. Disminuid la sinceridad y disminuiréis la persecucion; en otros términos, el debilitamiento de la virtud disminuirá el mal: verdad de la que la historia nos presenta tantos ejemplos, que negarla seria no solo rechazar los argumentos más evidentes y decisivos, sino tambien los testimonios más concomitantes de todos siglos.

Buckle.

ANTISÉPTICOS NUEVOS.—En el último congreso anual de la *British medical Association*, el Sr. Mayo Robson ha descrito una série de experiencias efectuadas por él con el objeto de verificar la eficacia de atmósferas cargadas de sustancias antisépticas volátiles, contra el desenvolvimiento de la vida de seres microscópicos, en líquidos putrescibles. Los resultados obtenidos son muy alhagadores. Una série de recipientes conteniendo infusiones de pasto en los cuales se había puesto un poco de aceite de eucalipto ó *eucaliptol* quedaron perfectamente limpidos, mientras que otros en los cuales no se había hechado dicha sustancia, se enturbiaron al cabo de pocas horas y se cubrieron de mohosidades aunque se las cubrió con algodón.

En efecto, los vapores del eucalipto son fatales á los gérmenes de las fiebres y de las afecciones infecciosas. Y como no son perjudiciales á la respiracion, podemos esperar que con el tiempo, en los hospitales no se emplearán otros antisépticos.

El *eucaliptol* tiene además la ventaja de ser abundante y barato. Varios cirujanos lo han usado ya en operaciones, y he aquí cómo. Se recoje aire en un recipiente lleno de algodón y en otros llenos igualmente de piedra pomez mojada de eucaliptol y en comunicacion con el primero; el aire que penetra en el frasco primero, se desembaraça ya de muchos gérmenes y se purifica totalmente al pasar por los otros que contienen el eucaliptol. Proyectado por medio de un fuelle sobre las heridas, acelera su cicatrizacion de una manera notable.